



Carolyn

Jesibel C. Vega Acevedo

Carolyn

Jesibel C. Vega Acevedo

Copyright © 2015 Jesibel C. Vega Acevedo

Todos los derechos reservados.

ISBN-13: 978-1511561150

ISBN-10: 1511561157

DEDICATORIA

Le dedico esta novela a mis padres, Jesús e Isabel. A mi abuelita Delsie y a mi tío Rody. A mi hermana querida, Isbel. A mis familiares y amistades. Los amo.
Gracias por apoyarme en todo y siempre

AGRADECIMIENTOS

Deseo darle las gracias a mi familia y a las amistades que me motivaron a publicar esta historia. Agradecimientos especiales a Daniela Grillo por la preparación de la portada y a Marangely Cruz Marty por ayudarme a la revisión de este libro. Estoy eternamente agradecida con ustedes.

CAPÍTULO I

Era una noche. Tenía doce años. Arrodillada en el suelo, con cepillo en mano, raspando las manchas de sucio alrededor de la casa. Desconocía la hora, pero sabía que tenía que terminar antes de que él llegara. Escuché que tocaban la puerta, pero aún yo no había terminado.

-¡Carolyn, abre la puerta! -llamó.

Empezaba a desesperarme y raspé con rapidez, tratando de quitar la mancha. Mi padre continuaba tocando la puerta cada vez más y más fuerte.

-¡Abre la maldita puerta! -llamó otra vez, con un tono irritado.

Logré terminar y escondí el balde y el cepillo en el cuarto de limpieza, que se encontraba debajo de la escalera. Arreglé mi vestido y fui a abrirle. Cuando levanté mi rostro hacia él, me dio una cachetada -¿Por qué no abriste la puerta? -preguntó.

Yo tragué nerviosa -No...estaba arriba, terminando de limpiar. Lo siento mucho, padre, discúlpeme.

Él frunció el ceño y entró a la casa -Que no vuelva a suceder.

Cuando mi padre llegaba a mi casa, era el momento en el que yo podía irme a dormir. Él se quedó en la cocina, y yo me dirigía a mi habitación. Entré al cuarto y me tiré a la cama. Ni siquiera me cambié la ropa y tenía muy mal olor. Lo único que me importaba era dormir. No había pasado cinco minutos cuando mi padre llega a mi habitación.

Él cruzó sus brazos -Carolyn, lo que hiciste hoy fue una porquería.

Fruncí el ceño -¿Porquería? Estuve el día entero raspando el suelo de toda la casa. Si no te gusta lo que hice, ese es tu problema. Ahora déjame dormir -dije y cerré mis ojos.

En ese momento, mi padre me haló por el cabello y me tiró al suelo. Mi cabeza chocó contra el suelo y me dolió. Sobé mi cabeza con mi mano y miré a mi padre -¿Qué diablos pasa contigo?!

Él me tomó por el brazo y me arrastró por el suelo -Parece que te hace falta pasar tiempo en el ático.

A mí no me gustaba el ático. Era un lugar muy oscuro, con mal olor y ratas corriendo de una esquina a otra. Me sacudía, intentando soltarme de las garras de mi padre, pero fue inútil. En un abrir y cerrar de ojos, ya me encontraba encerrada en el ático. Empecé a tocar la puerta mientras lloraba -¡No me dejes aquí! ¡Abre la puerta! -grité desesperada. Mis gritos no sirvieron de nada. Estaba asustada, y me acorralé. Podía escuchar las ratas, pero no las podía ver.

Mi padre. Parecía una moneda, porque tenía dos caras. La cara que le presentaba a sus amigos, y la cara que me enseñaba a mí. No entendía por qué me odiaba tanto. Él decía que era por mamá, porque yo la maté. Ella no pudo sobrevivir el parto. Yo llegué al mundo, y ella partió de él. No tenía idea de cómo ella se veía, pero yo la imaginaba como una princesa. La imaginaba como una reina, una mujer muy hermosa, que me trataría con el amor y respeto que mi padre no me daba. Él es un desgraciado.

Miré a mi alrededor, y vi una cortina. Parecía que la cortina se iluminaba, y me

acerqué a ella. Entonces, la abrí, y era una ventana con vista al puerto. El brillo de la luna entraba a través de la ventana, y el ático se iluminó. Sonreí aliviada, y me sentía más segura. Decidí explorar el ático y encontré un baúl. Quise abrirlo, y lo que había dentro eran largas armas de metal. Tomé una en mis manos y pasé mi dedo por la navaja. Me corté un poco, y supe que me podía lastimar. La coloqué dentro del baúl y continué investigando el ático.

Encontré un bloque de libros y corrí hacia él. Tomé un libro, le sacudí el polvo y lo abrí. Si había algo que le agradecí a mi padre fue el haber contratado a una señora para que me enseñara a leer y a escribir. El libro tenía una cubierta blanca y tenía el título Mitología Griega en letras doradas. Me pareció interesante el libro, y me senté al lado de la ventana. La luz de la luna era la que me ayudaba a leer, y desde esa noche, la literatura se convirtió en mi distracción.

Y así fue. Por el día limpiaba. Si terminaba temprano, me escapaba de la casa para explorar la ciudad de Londres. Me iba a los mercados, a las librerías y al puerto. Pasaba un buen rato sentada en un barril, observando como los barcos anclaban, o como éstos se dirigían hacia el mar. Por las noches, después de abrirle la puerta a mi padre, él me encerraba en el ático y yo me sentaba a leer. Al final de cada libro, estaba la firma de mi mamá, Margaret Andrews. Al parecer, a ella también le gustaba leer, y eso me hacía desear que estuviese viva.

Entonces, cumplí mis dieciséis años. Y naturalmente, ya me comenzaba a cansar de estar encerrada, y sobre todo, harta de mi padre. Ese día yo no tenía que limpiar y subí al ático. Me asomé por la ventana y vi como unos hombres subían cargamento a uno de los barcos. Sonreí y pensé que la mejor forma de escapar, era a través de un barco. Arreglé mi camisa y corrí hacia la puerta principal. Salí corriendo hacia el puerto y me acerqué al barco. El barco era enorme, y tenía una rosa tallada en la proa. Había un hombre vestido con una chaqueta color negro. Tenía una barba larga y gris, y estaba fumando un cigarro. Me acerqué a él, y él me saludó de lo más simpático. Le pregunté hacia dónde se dirigía el barco.

-¿La Rosa? Ella va para las colonias. Para América.

Yo sonreí -¿América? Eso suena interesante. ¿Puedo ir con usted?

El hombre rió tontamente -¿Quieres irte de Inglaterra?

Asentí con la cabeza -Sí, aquí tengo demasiados problemas.

El hombre encogió sus hombros -Esta bien. El barco partirá en la madrugada. Quiero que llegues muy temprano para subir tus pertenencias.

Aplaudí emocionada -Aquí estaré. Gracias señor.

El hombre asintió con la cabeza -Capitán Nolan a tus órdenes.

Yo sonreí mientras corría hacia mi casa -¡Y mi nombre es Carolyn!

Después de ser encerrada en el ático por mi padre, busqué lo que me iba a llevar para el viaje. Decidí llevarme mi libro de mitología, la novela de Dante y un libro de cuentos. Luego de recoger los libros, pensé en una forma de abrir la puerta del ático. Recordé algo que leí en uno de los libros, donde se podía usar una hebilla para abrir cerraduras. Usando una hebilla que tenía en mi cabello, traté de abrir la puerta. Introduje la hebilla en la cerradura y la moví hasta que escuchara un sonido. Lo escuché y supe que la puerta estaba abierta. La empujé lentamente, evitando hacer ruido. Tomé mis libros y bajé a mi habitación. Entré y busqué el baúl. Eché mis cosas dentro de él, mis libros, algunos conjuntos de ropa, una sábana y faltaba algo más.

No podía irme del país sin el collar de mi mamá. Pero la prenda estaba en la habitación de papá, y si él me veía entrar, seguramente me mataría. Fui a la habitación caminando de puntitas y abrí la puerta. Mi padre dormía en su enorme cama, y al otro lado de la habitación estaba la mesa de noche. Caminé hacia ella y abrí uno de los cajones. Ahí estaba el collar. Con las dos manos lo levanté y lo miré. Era un collar de piedras de vidrio, azules y blancas. Era muy bonito, pero ignoré su belleza cuando escuché a mi padre moviéndose en la cama. Me volteé y vi que solo se estaba arrojando mejor. Exhalé aliviada, y sin pensar mucho salí de la habitación. Guardé el collar dentro del baúl y mi equipaje estaba listo. Sólo faltaba esperar el amanecer.

El sol se asomaba; ya era hora de irme. Abrí la puerta y arrastré el baúl hacia la entrada principal, tratando de hacer el menor ruido posible. Ya estaba fuera de la casa, y escuché unos pasos detrás de mí. Cuando miré, era mi papá.

Él preguntó -¿A dónde crees que vas?

Yo exhalé -Me largo de aquí, ya me cansé de este lugar, y de ti.

El rostro de mi padre cambió por completo. Estaba cabizbajo -Carolyn, sé que he sido un mal padre...

Yo lo interrumpí antes de que pudiera terminar -No me interesa nada de lo que me vayas a decir. Me largo de aquí y punto -dije y empujé el baúl- No me busques, no preguntes por mí, no hagas nada, no quiero saber de ti. Hasta nunca, padre -dije y arrastré el baúl hacia el puerto.

Después de varios minutos, logré llegar. El capitán Nolan estaba a bordo y su tripulación continuaba subiendo cargamento. Nolan me notó y sonrió.

-Qué bueno verte, Carolyn. ¿Necesitas ayuda con ese equipaje? -preguntó.

Asentí -Sí por favor, esto está pesado.

El capitán miró a uno de sus tripulantes - ¡Tú! ¡Ayuda a esa niña con su equipaje! ¡Rápido!

El tripulante se acercó a mí y subió el equipaje al barco. Yo abordé la nave y Nolan se acercó -Bienvenida a La Rosa. Hemos preparado una habitación para ti en la cubierta baja del barco, espero que te guste -explicó. Luego de unos minutos, el barco estaba listo para zarpar. El capitán le habló a sus tripulantes - ¡Muy bien muchachos, estamos listos para zarpar! ¡A toda vela! -dijo. Los tripulantes empezaron a gritar de emoción y las velas del barco fueron liberadas. El barco comenzó a moverse, y poco a poco se distanciaba de la ciudad. Me acerqué a la proa y vi el sereno mar azul. El capitán se paró a mi lado con cigarro en mano.

-¿Hermoso, verdad? -preguntó.

Asentí y lo miré -Hermoso. Estar en el mar será inolvidable.

Nolan soltó una risa -Sí lo es, pero te advierto querida, el mar también es un lugar muy peligroso. Hay tormentas, tiburones, olas agresivas y personas que nos querrán hundir.

-La vida sería aburrida si no existiera el peligro, ¿no cree, capitán?

El capitán fumó de su cigarro y exhaló el humo -Tienes razón, querida -dijo y se fue.

Yo me quedé hipnotizada mirando el océano. Miré el cielo y sonreí con satisfacción. Por fin ya no iba a tener a mi padre condenando mi existencia. Ya no estaría encerrada en un ático leyendo cuentos. Ya no sería una esclava. Iba a comenzar una nueva vida, en ese lugar llamado América.

CAPÍTULO II

Me pasé toda la tarde mirando el mar. Poco a poco, empezaba a oscurecer. Entonces, la noche llegó, y la luna se reflejaba en el océano. Era una vista increíble. Sentí que mis ojos se cansaban y el capitán se me acercó.

-Carolyn, querida, llevas horas ahí sentada.

Yo rasqué mis ojos y miré hacia él -No se preocupe, Capitán. Estoy muy bien.

-Sé que estas bien, pero cansada. Vete a tu habitación a dormir, lo necesitas.

-Pero yo no quiero dormir.

-A tu habitación, jovencita y es una orden.

Yo viré los ojos y bajé a la cubierta baja del barco. De camino a la habitación, noté que yo era la única fémina a bordo. Me hizo sentir incómoda, y aceleré el paso. Llegué al cuarto y cerré la puerta con seguro. Me senté en la cama, y era como sentarse en una tabla de madera. Si dormía ahí, al otro día no me podría mover por culpa del dolor de espalda. Dormir en el piso tampoco era una opción; las ratas que estaban en el lugar me podían interrumpir el sueño. Se me ocurrió una idea para resolver el problema. Abrí el baúl que había traído y saqué toda mi ropa. La esparcí por toda la cama y cuando me senté, se notaba la diferencia. La cama se sentía levemente cómoda. Hacía mucho frío y busqué mi

cobija. Pero ésta no era suficiente y sentía que me estaba congelando. Para colmo, el rugido de las olas me asustaba. Después de todo, mi sueño se espantó y salí de la habitación. Escuché aplausos y a un hombre hablando. Decidí acercarme al lugar, tal vez me haría bien conocer personas nuevas.

Entré al lugar, que parecía una taberna, y me recibieron con un aplauso. Uno de los tripulantes levantó su jarra de cerveza y miró a los demás.

-Por nuestra hermosa acompañante -gritó el hombre.

-¡Hip, Hip, Hurra! -los demás gritaron.

Me sonrojé un poco, pero al menos era bienvenida ahí. El hombre con la jarra se acercó.

-¿Cómo te llamas, linda?

-Carolyn Andrews, señor -respondí un poco nerviosa.

-¿Quieres cerveza?

Yo negué con la cabeza -No gracias, no me gusta el licor.

Él miró a sus amigos -Escúchenla muchachos, dice que no le gusta el licor -dijo el hombre y ellos empezaron a reírse. Me miró otra vez- Seguramente dices eso y ni siquiera lo has probado. Ven -dijo y tomó mi mano.

Eso de tomarme la mano se sintió extraño, pero opté por ignorarlo. El hombre me llevó a una barra y empujó a uno de los tripulantes de la silla. Me pidió que me sentara en ella, y lo hice. El hombre silbó -Todd, sírvele a esta chica algo que le encantará -dijo.

Todd sonrió y me preparó la bebida. Minutos después, me la entregó -Aquí tiene, dama. Que disfrute.

Tomé el vaso y lo miré con asco. El color y la textura de la bebida no eran agradables. El hombre me sonrió -¿Qué esperas? Bébelo ya -dijo. Entonces, el

líquido tocó mis labios. Para mi sorpresa, sabía muy rico. En cuestión de nada, vacié el vaso y miré a los demás.

-¿Entonces? ¿Te gusta? -preguntó uno de los tripulantes.

Negué con la cabeza -No -dije y levanté el vaso- ¡Me encanta!

Los tripulantes se pusieron a aplaudir y a celebrar. Yo miré a Todd y le pedí que me sirviera más. El hombre de la jarra se me acercó -¿Qué es eso?- le pregunté.

-Eso es sidra de manzana. Muy rica. ¿Y sabes de qué está hecha? De manzanas -dijo y empezó a reírse.

Yo reí también y Todd me dio el vaso con la sidra. Durante horas, me quedé en la taberna. Bebiendo, jugando damas con los muchachos, conversando, bailando, en fin, pasándola bien. Llegó el momento en el que me cansé y decidí irme a la habitación. Los muchachos se despidieron y me fui. De camino, sentía que la cabeza me quería reventar. Perdí la cuenta de cuántos vasos de sidra había bebido, pero aseguro que fueron más de cuatro. Al llegar al cuarto, ni siquiera cerré la puerta. Me tiré en la cama y me dormí.

Entonces desperté. Escuchaba a las gaviotas, pero no escuchaba a la gente. Subí a la cubierta y vi que todos estaban trabajando. Unos limpiaban el piso, otros preparaban los cañones y otros aseguraban las velas. Me acerqué al capitán, quien se sorprendió mucho al verme.

-¡Carolyn, qué bueno verte despierta!

-¿Disculpe?

-Has estado durmiendo toda la mañana, nos tenías preocupados.

¿Toda la mañana? Yo no lo podía creer. Le expliqué al Capitán que había bebido mucho y posiblemente eso fue lo que me hizo dormir tanto. No me dio un sermón, simplemente me explicó que tenía que tener cuidado con la bebida. Bajé a la taberna nuevamente y me senté en la mesa de jugar damas. Un

tripulante de ojos verdes y piel dorada, muy guapo por cierto, se me acercó. Me preguntó si podía sentarse junto a mí, y yo asentí.

-¿Tú debes ser, Carolyn, verdad? Mi nombre es Luther, Luther Smyth -dijo y me dio la mano.

Nos saludamos -Sí, soy Carolyn. Un placer, Luther.

-Mucho gusto. No sabía que estabas a bordo. ¿Para qué vas a Boston?

-¿Boston? Creí que íbamos para América.

-Boston es una ciudad que está en América.

-Ya entiendo. Estoy...buscando reconstruir mi vida, allá en Boston. Empezar de nuevo- dije y lo miré - ¿Qué tal usted?

-Bueno, en realidad, yo soy parte de la tripulación, pero aprovecharé el viaje para ver a mi esposa.

Yo reí -¿Es casado? Se ve muy joven para estar casado.

Luther rió también -¿Joven? Vaya, eso es un cumplido. Tengo cuarenta y tres, Carolyn.

-No lo parece.

Luther me habló de su esposa, Teresa. Habló de lo hermosa que era, y de lo bien que cocinaba. Era muy lindo ver a un hombre hablar así de una mujer. Pensé que eso sólo se veía en los libros de cuentos. La conversación no duró mucho, ya que el capitán vino y le pidió a Luther que ayudara a reparar una de las velas. El capitán se sentó conmigo.

-Luther. Buen muchacho. A pesar de que es la primera vez que viaja con nosotros, diría que es el mejor de la tripulación. Puede hacer de todo -explicó.

-Sí, y es un caballero también. Me agrada- dije y permanecí en silencio por unos segundos- Oiga capitán, ¿estamos cerca de Boston? -pregunté.

-Llevamos dos días navegando, linda. Pasarán meses antes de llegar a Boston.
-¿Meses?!

Al parecer sí. Pasé la primera semana en alta mar y ya empezaba a desesperarme. Estaba sentada en el escritorio, descansando mi rostro sobre la palma de mis manos. Entonces, miré el baúl y me acerqué a él. Busqué el collar de mamá, y cuando lo encontré, me lo puse. En la habitación había un espejo, y me miré en él. El collar me quedaba muy bien, me hacía sentir bonita. Sonreí - Este collar es muy lindo, madre. Quien te lo haya dado tiene un buen gusto en prendas. Lo cuidaré muy bien, no te preocupes. Después de todo, es lo único que me recuerda a ti -dije melancólica. Coloqué el collar dentro del baúl y salí. El barco era muy grande, y decidí explorarlo. Claro, todo por matar el aburrimiento.

Entré a un cuarto lleno de barriles y cajas de madera. Me acerqué a una caja que parecía estar abierta. Dentro de ella, había muchas espadas. Tomé una y la miré.

-Cuidado que no te vayas a cortar -dijo Luther, quién estaba sentado sobre uno de los barriles, afilando una de las espadas.

Coloqué la espada dentro de la caja -Lo siento -dije y me acerqué a él.

-¿Te gustan las armas?

Asentí -Bueno, sí. Leí cuentos de gladiadores y guerras donde se usaban espadas y escudos para combatir -dije y rasqué mi cuello- Incluso una vez soñé que era una

gladiadora, dentro de una arena luchando contra leones -dije y reí.

Luther rió también -¿Te gustaría aprender a pelear con espadas?

Yo me emocioné -¿A pelear? ¡Claro!

-Seré tu maestro entonces -dijo Luther y me entregó la espada- Aquí tienes.

Luther se dirigió a una raqueta de armas y agarró una espada. Mientras tanto, yo hacía movimientos con mi espada. Fue muy emocionante. Luther se paró frente a mí, un poco distanciado -Muy bien, Carolyn. Lo primero que debes aprender es a tener buenos reflejos. Siempre trata de adivinar cómo te atacará tu oponente -explicó y me atacó con la espada.

Por suerte, pude evadir el golpe -¿Oye, qué le pasa? -dije molesta.

Luther me miró como si nada hubiese pasado -¿Qué?

-¡Casi me corta el brazo!

Luther rió tontamente -Si te voy a entrenar, tengo que ponerte en situaciones reales -dijo y me atacó otra vez.

Me doblé y evadí el golpe -Luther, ya basta. Va a lastimarme.

-Pero lograste evadir todos mis ataques. Tienes buenos reflejos, Carolyn.

Luther me enseñó cómo pelear. Me enseñó lo básico, creo. Cómo atacar con la espada, cómo bloquear, cómo combatir sin armas y puntos sensibles del oponente. Unas horas después, Luther decidió ponerme en práctica. Se paró frente a mí, dejando un poco de espacio entre nosotros, y se posicionó para combatir.

-Posición de combate -ordenó.

Cerré mi puño y apunté mi espada hacia él -Lista.

-Muy bien, Carolyn. Pongamos en práctica lo que has aprendido hasta ahora.

Yo fruncí el ceño y esperé a que Luther atacara. Él también frunció el ceño y poco a poco se acercó a mí. Por cada paso que él daba hacia adelante, yo daba

uno hacia atrás -No tengas miedo, Carolyn -dijo. Exhalé, y en ese instante, Luther me atacó. Pude bloquear sus ataques, y él pudo bloquear los míos. Seguimos peleando, hasta que el metal chocó. Ahí, empezó una batalla de quién era el más fuerte. Lamentablemente, Luther era quién estaba ganando.

Él empujaba su espada contra la mía y mi espalda chocó contra la pared. Tenía que hacer algo, o Luther me iba a derrotar. Al ver que él estaba muy ocupado haciendo fuerza, le di una patada en la rodilla. Luther se quejó del dolor y yo lo empujé. Con mi espada, atacué su pierna y él cayó al suelo. Coloqué el filo de mi espada cerca de su cuello mientras trataba de recuperar el aliento. Luther sonrió satisfecho.

-Buen trabajo, Carolyn. Nada mal para tu primer día -dijo y siseó.

Noté que había cortado a Luther en la pierna. Me asusté y tiré la espada a un lado -Oh no -dije y me arrodillé a su lado- Lo siento, Luther. No fue mi intención.

De pronto, Luther me pateó y se sentó sobre mí. Colocó una daga en mi cuello -Hubo algo que no te mencioné. Nunca, pero nunca, tengas piedad por tu oponente. Que no se te olvide, Carolyn -dijo Luther y me ayudó a levantarme.

Sacudí mi vestido y lo miré seria -Tendré eso en mente, Luther.

Durante las próximas semanas, Luther continuó entrenándome de forma intensa. A él no le importaba si yo estaba agotada; simplemente, me obligaba a entrenar. Era algo bueno, para ser honesta. Si en Boston surgiera alguna situación en la que tuviera que defenderme, sabría cómo hacerlo. Después de que Luther supo que ya era suficiente entrenamiento con espadas, procedió a enseñarme a combatir con cuchillos y dagas. Éstas me gustaron mucho. Permitían atacar rápidamente, pero bloquear era difícil. Luther se enfocó mucho en el dominio de esta arma, ya que, según él, los cuchillos y dagas son buenos para llevarlos contigo, sin llamar mucho la atención. Aún me faltaba mucho por aprender, pero me sentía muy feliz conmigo misma. El saber pelear con armas era una meta cumplida para mí. Y todo gracias a Luther.

Treinta y dos días a bordo de La Rosa y, bueno, me comenzaba a sentir ansiosa. Ya quería llegar a ese 'Nuevo Mundo', a Boston. Fui a mi habitación y me puse el collar de mamá. Por alguna razón, llevarlo puesto me hacía sentir más tranquila. Fui a la cubierta superior y todos trabajaban. El capitán Nolan me pidió que ayudara a limpiar el suelo y, bueno, acepté. Estaba harta de limpiar suelos y era como regresar a esos momentos en el que papá me ordenaba a limpiarlos. Pero el capitán me lo pidió amablemente, y después de todo, era una forma de pagarle el favor que me hizo. Me dejó subir al barco, con una habitación, comida, amigos, y todo sin pagar un centavo. Tenía que dejarle saber que estaba agradecida. Con balde y cepillo en mano, me arrodillé en el piso y comencé a raspar. Entonces, Luther llegó.

-¿Lista para entrenar? -preguntó.

Viré los ojos y levanté mi mirada hacia él -Luther, por si no lo ha notado, estoy ocupada.

Él rió tontamente -Es broma- dijo y se dobló frente a mí -Lindo collar el que llevas puesto.

Sonreí -Gracias, le pertenece a mi mamá -dije mientras estregaba el suelo.

-Debe ser muy especial.

-Lo es. Es mi posesión más importante.

-Algo así de valioso debes cuidarlo muy bien.

Sonreí confiada -Con todo lo que me ha enseñado, quién me robe este collar se va a arrepentir.

Luther sonrió, orgulloso de mí -Así se habla. Sin piedad para tu oponente.

Luther se retiró porque fue enviado a mover cargamento de un cuarto a otro. Pasaron las horas y terminé de limpiar el suelo del barco. Estaba exhausta, y me acosté en el piso. Recordé que ese día cumplía diecisiete años de edad. Me hizo sentir nostálgica. El capitán notó mi rostro.

-¿Por qué esa cara? -preguntó.

Exhalé -Cumplo diecisiete años.

El capitán aplaudió -Felicidades, Carolyn. Feliz cumpleaños.

Me levanté y le di un abrazo -Gracias, Capitán. Es la primera persona que me lo dice.

Él rió -Qué bueno, linda. Siempre estaré ahí para cuando me necesites -dijo y puso sus manos sobre mis hombros- Te agradezco que me hayas ayudado a limpiar el barco. Ahora, quiero que te vayas a tu habitación y te tomes una merecida siesta -dijo y me dirigí a mi habitación.

Fui a mi habitación y me acosté en la cama. Raspar el piso acabó con mi espalda y me dolían las manos y las rodillas. Dormí por un buen rato. Alguien tocó la puerta. Abruptamente abrí los ojos y fui a abrir. Era uno de los tripulantes.

-Buenas noches, señorita Andrews.

Rasqué mis ojos -Buenas noches. ¿Está todo bien?

-Sí, sí, todo está bien. El capitán desea hablar con usted. Él la estará esperando en la taberna.

Bostecé -Muy bien. Dígale al capitán que me dé un momento e iré para allá.

El hombre asintió y se retiró. Entré a la habitación y lavé mi cara con agua que había dentro de un balde. El agua fría me ayudó a recuperar mis sentidos. Salí de la habitación e iba de camino a la taberna rascando mis ojos. Me preguntaba qué era lo que el capitán me quería decir.

CAPÍTULO III

Al pasar por la puerta, ahí estaba el capitán Nolan con su tripulación.

-¡Sorpresa! -gritaron todos a coro.

Yo no lo podía creer. Tapé mi boca, sorprendida y empecé a reír. Luther corrió hacia mí y tomó mi mano. Me llevó hacia donde estaban los demás y me cantaron cumpleaños. Era la primera vez que me hacían una fiesta y yo estaba muy feliz. El cocinero del barco nos sirvió una carne jugosa, muy salada. Estaba un poco difícil de masticar y casi me ahogo comiéndola, pero estaba sabrosa. Luego de la cena, estábamos bailando al ritmo del palmoteo de los tripulantes. Primero bailé con el capitán, y después bailé con Luther. Fue muy divertido. Después de bailar, nos sentamos todos en un círculo. Aproveché para contar cuántas personas había a bordo. Había catorce personas. El capitán, Luther, el doctor, el cocinero, nueve tripulantes y yo.

Entonces, los tripulantes comenzaron a contar sus historias. Uno habló de su nueva hija, otro comentó sobre la casa que estaba construyendo en Irlanda, y otros temas. Luther nos habló de su esposa, y sus planes de traérsela a vivir a Inglaterra junto a él. Todos conversaban, y a mí me dieron ganas de hablar. Con mi codo, toqué el brazo de Capitán.

-¿Qué pasó, Carolyn?

-Capitán, me gustaría decir algunas palabras -susurré.

El capitán asintió con la cabeza y silbó -Muchachos, hagan silencio. Carolyn desea hablar.

Yo sonreí nerviosa -Sólo quiero dejarles saber que, estoy muy agradecida por todo lo que han hecho por mí. Gracias por permitirme estar a bordo con ustedes, por prepararme esta fiesta, por ser caballerosos conmigo, por enseñarme cosas nuevas. En fin, gracias por todo. Los quiero mucho.

Todos comenzaron a aplaudir, y Luther me sonrió. Yo también le sonreí a él. Uno de los tripulantes me miró y me pidió que contara mi historia. Asentí con la cabeza, y todos prestaban atención. Les conté todo. Sobre la muerte de mamá, el collar, los libros que leía y sobre el desgraciado de mi papá. Fue chistoso, porque cuando les hablé de mi papá, ellos se enfadaron mucho. Incluso, me pidieron su nombre para buscarlo cuando regresaran a Inglaterra y darle una paliza. Sonreí siniestramente, papá no iba a sobrevivir una paliza de tripulantes enojados.

Luego de conversar, salí de la taberna y fui a la cubierta superior y me puse a mirar la luna. Noté que había alguien a cargo del timón, quién era el que conducía el barco. Me dio lástima, porque no había podido ir a mi fiesta. Pero me sonrió y con una mano que tenía disponible, me enseñó el plato vacío. Por lo menos, había saboreado lo que había preparado el cocinero. Minutos después, el capitán se unió a mí para admirar la luna.

-¿Qué te pareció la fiesta, Carolyn? -preguntó.

-Me divertí muchísimo, la pasé muy bien.

El capitán sonrió -Me alegra mucho que la hayas disfrutado.

Asentí -Sí...oiga, capitán, hay algo que he querido preguntarle desde hace tiempo.

Nolan colocó su mano en mi hombro -Pregunta lo que quieras.

-¿Por qué me ayudó a escapar? Yo no tenía pasaje, ni permiso, ni dinero, y usted, simplemente, me dejó subir al barco y hasta me dio un cuarto para yo dormir. ¿Por qué?

El capitán sonrió -Lo hice porque quería ayudarte, Carolyn.

-Explique.

-Cuando viniste a mí, noté algo en tu mirada; había desesperación. Entonces recordé, que cada vez que yo necesité ayuda, la recibí. Entonces, yo no tengo ningún derecho de negarle ayuda a quien la necesita.

-Estoy eternamente agradecida, Capitán -dije y bostecé.

-Estás cansadita, vete a dormir.

Asentí con la cabeza y me dirigí hacia la escotilla del barco -Buenas noches, Capitán.

Él sonrió -Buenas noches, Carolyn -dijo y yo bajé las escaleras.

A la mañana siguiente, fui a desayunar. El cocinero había servido pan con queso y jugo de limón. Sí, a nosotros nos obligaban a beber jugo de limón, aunque su sabor fuese asqueroso. Según el cocinero, un doctor había dicho que beber jugo de limón protegía a las personas de las enfermedades. Qué doctor tan loco. El cocinero se veía molesto, y Luther se dio cuenta. Resulta que las ratas se habían metido en la caja donde se guardaba el pan y se lo habían comido todo. El hecho preocupó al resto de nosotros. Ya era la tercera vez que las ratas se metían en las cajas de comida. Eso sin contar las veces que los escarabajos se metían en el envase de las galletas. Luther estaba a cargo de tirar los barriles de comida podrida al mar, y era una tarea que a él no le agradaba. Los descartaba por las noches, interrumpiendo mi sueño gracias al sonido que hacían cuando caían al agua. El temor de todos era quedarnos sin comida por culpa de estas

plagas. Como si el viaje no pudiese empeorar, el capitán llegó a la mesa. Nos dijo que la llegada a Boston se iba a demorar, ya que el viento no quería cooperar y el barco se movía lentamente. Los tripulantes se quejaron, y yo también. Durante esos días, yo hacía lo mismo. Comer en la mañana, entrenar con Luther, ganarles a los muchachos en los juegos de damas, cenar y pasar la noche bebiendo.

Cuarenta y siete días habían pasado a bordo de La Rosa. Estaba jugando damas con los muchachos y escuchamos un fuerte trueno. Todos salimos corriendo hacia la cubierta superior y vimos al resto de la tripulación parados en la proa. Me paré al lado de Luther y pude ver lo que pasaba. Nos estábamos acercando a una tormenta. Las olas se volvieron agresivas, llovía muy fuerte y caían relámpagos. Naturalmente, yo me preocupé.

Yo tragué -Capitán, ¿vamos a estar bien?

-Las tormentas son comunes en el mar Atlántico, estamos preparados para eso -dijo el capitán y miró a Luther- Ya sabes qué hacer.

Luther asintió con la cabeza -Muy bien, hombres, nos acercamos a una tormenta. Aseguren esas velas, protejan el cargamento, no permitiremos que este barco se hunda. ¡A trabajar!

Los tripulantes comenzaron a trabajar. Varios de ellos treparon el mástil y otros hacían nudos más fuertes a las velas. El capitán me miró y me ordenó a que me fuera a mi habitación. Corrí hacia la escotilla y bajé a la cubierta baja. Entré a mi habitación y cerré la puerta. Busqué el collar de mamá y me lo puse. Me senté en la cama y esperé. El fuerte sonido de los truenos me asustaba y el barco empezó a moverse de un lado a otro. Me sentí un poco mareada y con dolor en la cabeza. Escuché un sonido que se hacía escuchar más cerca, parecía una ola. En ese momento, uno de los tripulantes avisó que una ola se acercaba.

Me asomé por la ventana que tenía en la habitación y vi como la gigantesca ola se acercaba. Corrí para abrir la puerta, pero la ola chocó contra el barco y caí

sobre el escritorio. La habitación se había inundado, y yo estaba toda mojada. Mi vestido no me dejaba caminar bien porque este pesaba. Caminé hacia la puerta y traté de abrirla, pero al parecer, estaba bloqueada al otro lado. Empecé a gritar, pidiendo ayuda, y otro tripulante avisó que se acercaba otra ola. En ese momento, otra ola chocó contra el barco y más agua entró a mi habitación. El agua me llegaba hasta la cadera y entré en pánico. Grité por unos minutos, y finalmente, alguien abrió la puerta.

Ese alguien era Luther y me levantó. De camino, pude ver como el cargamento flotaba dentro del barco. Luther me cargó hasta las escaleras y subí hacia la cubierta superior. En ese instante, cayó un relámpago sobre el mástil y lo rompió. El mástil casi nos caía encima, pero salté y cayó a mi lado. El capitán miró hacia el horizonte y avisó que ya estaban cerca de salir de la tormenta.

Finalmente, salimos de la tormenta. Las olas estaban tranquilas, el viento soplaba normal y había un brillante sol. Como se podrán imaginar, el barco era un desastre. La cubierta baja estaba inundada y ayudé a los tripulantes a sacar el agua. Estuvimos horas sacando agua con cubos. En la cubierta superior, Luther y los demás arreglaban el mástil. Decidí tomar un descanso y fui a mi habitación. Revisé el baúl y cuando lo viré, agua salió. Junto al agua, salieron mis libros. Levanté uno de ellos y le sacudí el agua. Lo abrí para leerlo, pero no podía. El agua causó que la tinta se regara y el texto no se podía entender. Exhalé triste y dejé caer el libro al suelo. Mis libros estaban arruinados. Miré por la ventana y exhalé aliviada. Mis libros ya no estaban, pero sí tenía al collar de mi mamá. Luego de unos días, el barco estaba arreglado, y continuamos nuestro viaje a Boston

CAPÍTULO IV

Sesenta días habían pasado a bordo de La Rosa. El capitán informó que faltaba poco para llegar. Poco era un mes, aproximadamente. Terminé de desayunar y subí a la cubierta superior. El día estaba muy soleado y hacía un viento agradable. Me paré al lado del muchacho que estaba navegando el barco y vi algo en el horizonte. Fruncí el ceño, y me di cuenta de que era otro barco. En ese momento, ese barco disparó un cañón. Luther, quién estaba en la torre de vigía, avisó que el barco era uno enemigo. Los tripulantes se pararon a mi lado y vimos cómo el barco se acercaba.

-Capitán, ¿qué es lo que va a pasar? -pregunté nerviosa.

-El disparo del cañón significa que quieren invadir el barco.

-¿Invadir? -dije y miré el barco.

El capitán miró a la tripulación -¡Muchachos, prepárense para pelear! -gritó el capitán.

Los tripulantes dejaron salir gritos de guerra y corrieron hacia los cañones. La

Rosa dio la vuelta, y estaba cara a cara con el barco enemigo. Pero lo peor estaba por venir. Los tripulantes avisaron que los cañones de La Rosa no funcionaban.

En ese momento, el barco enemigo disparó sus cañones. Pero, sus balas tenían cadenas, y éstas cayeron sobre el mástil, destruyéndolo por completo. La Rosa ya no podía moverse. El barco nos alcanzó rápidamente, y comenzaron a tirar sogas hacia La Rosa. Vi a quiénes estaban a bordo del barco enemigo, y eran soldados de la armada británica, con sus uniformes rojos. Los tripulantes se repartieron armas y mosquetes, y los soldados trepaban nuestro barco. Yo no sabía cómo reaccionar, y uno de los soldados corrió hacia mí para atacarme. Antes de poder hacerlo, Luther saltó sobre él, lo golpeó y me pidió que corriera. Yo salí corriendo hacia la escotilla y me dirigí a la cubierta baja. El capitán le ordenó a los tripulantes que aseguraran la escotilla. No había nadie en esa área, el cocinero, Todd, incluso el doctor, estaban arriba defendiendo el barco. Corrí hacia la habitación del doctor, y me escondí debajo de la cama. Podía escuchar el metal chocando y los gritos de guerra. Minutos después, se escucharon disparos de mosquetes, y luego, un silencio profundo.

Escuché cuando abrieron la escotilla -Búsquenla, ella está por aquí -dijo una voz que no reconocía. Temí lo peor, y me quedé escondida. Entraron al cuarto del médico, y me di cuenta que quiénes estaban ahí era un par de soldados. Tapé mi boca mientras mi mano temblaba. Estaba muy asustada. Cuando creí que se habían marchado, me tomaron por mis piernas y me halaron. Uno de los soldados me aguantó de los brazos.

-¡Suéltense! -grité desesperada.

El otro agarró mi quijada -Vaya, ¿pero qué tenemos aquí? -dijo.

-Púdrete -dije y le escupí en la cara.

Al soldado no le agradó mucho que yo le escupiera y se limpió la saliva. Me arrastraron hasta la cubierta superior, y todo era sangre. Estaban los cuerpos de mis amigos, de los tripulantes del barco, en el suelo, sin vida. El capitán Nolan

aún estaba vivo; lo supe porque se movió y logré soltarme de los soldados. Corrí hacia él; estaba agonizando. Sangre salía de su boca, y lágrimas salían de sus ojos, al igual que los míos. Tomé su mano.

-Capitán, no se muera, por favor -le supliqué.

Nolan se ahogaba con su sangre -Carolyn...yo lo...

En ese momento, el soldado le disparó en la cabeza. La sangre del capitán cayó en mi rostro. Grité angustiada y me tomaron de los brazos -¡Eres un maldito! -le grité al soldado.

Este me abofeteó -Cállate si no quieres un disparo en la cabeza -dijo. Los soldados me llevaron a su barco, y dispararon los cañones. Observé llorosa cómo La Rosa se hundía, y junto a ella, todo lo que me importaba.

Mis manos estaban atadas a mi espalda con una soga. Me llevaron a una habitación y sumergieron mi cabeza dentro de un cubo de agua salada. Después de unos segundos, sacaron mi cabeza.

-¿A dónde iba anclar Nolan? ¿A la frontera? ¡Contesta! -gritó el soldado.

Yo lloraba -No sé de qué están hablando.

El soldado se enojó y sumergió mi cabeza otra vez. Cuando estaba a punto de ahogarme, bruscamente me sacaron del agua y caí al suelo sentada. Empecé a escupir agua, y estaba tratando de recuperar la vista. Un hombre que hablaba tenía una voz parecida a la de Luther.

-¡Ella es inocente, imbéciles! -gritó el hombre.

-Luther, nosotros no sabíamos que...

Se escuchó un golpe, y alguien abrió la puerta -¿Qué está pasando aquí? -gritó

la voz.

-Preston, saca a estos dos idiotas de mi vista -dijo.

Escuché unos pasos, y la puerta se cerró. Yo seguía tosiendo y alguien me ayudó a levantarme -Tranquila, Carolyn -dijo.

Recuperé mi visión, y vi que era Luther, quién vestía con el uniforme de la armada. En ese momento, lo empujé -¿Eres uno de ellos?!

Luther se acercaba a mí -Carolyn, déjame explicar.

Mi rostro fue cubierto y sentí un fuerte golpe en la cabeza. Desperté abruptamente, y vi que estaba en la misma habitación, pero amarrada a una silla. Me sacudí, tratando de soltarme, pero no podía.

En ese instante, Luther entró al cuarto. Exhalé y levanté mi mirada hacia él.

-¿Cómo pudiste, Luther? Todos confiaban en ti, yo confié en ti -dije llorosa.

Luther se puso a caminar de un lado a otro -El capitán Nolan fue detenido hace años por traición, por haber traicionado a nuestro país, a nuestro hogar. Las armas y los suministros de nuestro ejército que eran enviados a nuestros hermanos en América, se las dio a los colonos, a quienes se nos oponen. El ejército me pidió que viajara con él, y que dejara un rastro con los barriles para que nuestro barco pudiera encontrarlo. Sospeché que iba a entregar los suministros en la frontera, y así lo iba a hacer. Le dimos a Nolan una oportunidad, pero él estaba a punto de cometer el mismo delito de nuevo. No podíamos permitir eso -dijo y puso sus manos sobre mis hombros- Yo no podía permitir eso.

Poco a poco me enfrenté a él -¿Y por qué no lo arrestaste? ¿Por qué lo mataste? ¿Por qué matar a la tripulación? ¡Mataste a todos!

Luther tomó mi barbilla y me obligó a mirarlo -A todos, menos a ti.

-¿Y por qué? ¿Por qué me dejaste vivir?

Luther exhaló -Porque tú no tienes nada que ver con esto. Tú eres una señorita, que viajó en el barco equivocado. Si yo hubiese sabido que tú estabas a bordo, le hubiese dicho a Nolan que te regresara -dijo y se alejó.

-¡Jamás regresaré a Inglaterra! ¡Nunca volveré a poner mis pies en ese maldito lugar!

Luther se volteó lentamente hacia mí, estaba enojado -Ese collar, entonces, ¿ya no lo quieres? -dijo y se acercó- Como tú dijiste, viene de un maldito lugar.

Entonces, caí en cuenta -No te atrevas -Luther trató de quitarme el collar- ¡No me lo vas a quitar! -grité desesperada y mordí su hombro.

Luther gritó de dolor y me golpeó. La silla perdió el balance y caí al suelo junto a ella. Luther se dobló, y me quitó el collar. Vi cómo se alejaba de mí, con el collar de mamá en su mano. Estaba angustiada y furiosa -¡Vas a pagar por esto, Luther! ¡Lo juro!

Luther exhaló y me miró -Lo siento, Carolyn -dijo y salió del cuarto.

Me dejaron amarrada a la silla. Yo no podía sentir mis brazos ni mis piernas. Me había orinado encima y tenía mucha hambre. A la mañana siguiente, Luther entró al cuarto. Traía comida, un plato hondo lleno de estofado de res. Colocó un cubo en la habitación para que yo hiciera mis necesidades en él. Me soltó de la silla, y yo traté de levantarme.

Luther frunció el ceño -¿Qué es ese olor?

-Es mi orina. Si no me hubieses dejado amarrada, esto no hubiese pasado - dije y me dirigí hacia la mesa en donde estaba el estofado.

-Lo siento, Carolyn -dijo y me enseñó una muda de ropa- te traje ropa limpia.

Yo fruncí el ceño y paré de comer, me acerqué a él y le arrebaté la ropa de las manos -Gracias Luther. Ahora, ¿me vas a devolver el collar?

Luther viró los ojos -No, Carolyn. El collar me pertenece, olvídate de él.

Exhalé molesta y le tiré un golpe, pero logró aguantar mi mano -Te advierto algo, Carolyn. Compórtate, y deberías estar agradecida, porque estás viva gracias a mí -dijo Luther y soltó mi mano - no olvides eso -dijo y se retiró de la habitación.

Crucé mis brazos y me senté en el piso. Luther tenía razón. Si no hubiera sido por él, yo estaría muerta. Él solamente estaba siguiendo órdenes y me había traído comida y ropa limpia, y eso se lo agradecí. Pero jamás le iba a perdonar lo que le hizo al Capitán Nolan y a la tripulación. Tampoco le iba a perdonar que se haya quedado con el collar de mamá. Tenía muchos pensamientos en mi mente, pero lo que me importaba, era sobrevivir dentro de ese lugar, y esperar hasta que llegara a Boston.

Durante esos días, todo era lo mismo. Sentada bajo un rayo de sol que entraba a través de una ventana, comer y contar las gaviotas. Entonces, Luther entró a la habitación, y traía en mano una espada.

Yo me levanté del piso -¿Vienes a matarme?

Él negó con la cabeza -Para nada. Te traje esta espada para que practiques lo que te enseñé.

Yo me acerqué con sospecha y tomé la espada -¿Cómo sabes que no te voy a matar con esto cuando me des la espalda? -pregunté mientras practicaba algunos movimientos.

-Simplemente lo sé, Carolyn -dijo y se retiró.

El practicar con la espada me ayudaba a matar el aburrimiento. Cada vez que Luther venía a traerme estofado, pan o ese asqueroso jugo de limón, se paraba frente a la mesa y me daba la espalda. La tentación era mucha, y me daban ganas de clavar la espada en su espalda y matarlo. Pero si lo hubiese hecho, ¿después qué? Los otros soldados del barco no se iban a quedar con los brazos cruzados. Me matarían. Luther tenía razón. Al parecer el bastardo me conocía muy bien.

En esos días, sucedió lo peor. Desperté y vi que mi pantalón estaba ensangrentado. Entré en pánico, aunque no era la primera vez. Estaba sangrando demasiado y corrí hacia la puerta. La puerta tenía seguro, y me asomé por una hendidura. Desesperada, llamé a Luther.

Luther llegó en cuestión de nada -¿Qué sucede? ¿Por qué gritas?

-Luther, estoy sangrando mucho, tienes que ayudarme, por favor.

-Iré a hablar con el doctor -dijo y se alejó. Luego de unos minutos, Luther regresó- El doctor dice que eso es normal, estas en menstruación. Él dice que vas a estar bien.

-¿Normal? Luther ¿qué no ves que estoy sangrando? -dije y le enseñé mi mano- ¡Mira la sangre!

-Vas a estar bien, tranquila -dijo y se fue.

-¡Si muero será tu culpa, Luther!

Tres días después, el sangrado paró. Luther entró al cuarto, con un plato de pan y queso con el jugo de limón. Me miró y sonrió.

-¿Ves? Te dije que ibas a estar bien. Deberías empezar a confiar en los doctores.

Yo fruncí el ceño -Huelo a sangre, necesito ropa limpia.

Luther levantó su ceja -No vas a morirte por tener ropa sucia -dijo y se dirigió hacia la puerta- Quédate ensangrentada -dijo y se retiró.

-¡Bien! ¡Disfruta el olor a sangre, estúpido!

Una semana después, escuché a Luther hablar -Estamos cerca del puerto, prepárense para anclar -gritó. Ahí supe que habíamos llegado a América, y tenía que ir pensando en un plan de última hora para salir de ahí. Minutos después, escuché las anclas cayendo al mar. Tiré la espada al suelo y me asomé. Ya estábamos en el puerto. Luther entró a la habitación y me silbó. Me acerqué a él. Me pidió que colocara mis manos en mi espalda.

Yo obedecí, y sentí que mis manos eran atadas con una soga -¿Cuál es tu intención?

-Voy a llevarte a que tomes un poco de aire fresco. No trates de hacer nada astuto, o los demás te matarán -dijo y me empujó- Camina.

Salí del cuarto y la luz del sol me cegó. Logré recuperar la vista y pude ver la ciudad.

-¿Dónde estamos?

-En Boston.

-Es un lugar muy lindo.

Luther asintió con la cabeza -Sí, lo es.

Vi que los soldados bajaban el cargamento del barco utilizando una rampa que conectaba la nave junto con el muelle. Supe que esa era mi forma de escapar. Esperé a que Luther estuviese distraído. Entonces, lo pateé en la rodilla y choqué mi frente con la suya. Me sentí un poco mareada y salí corriendo -¡No la dejen escapar! -gritó Luther. Bajé la rampa y corrí hacia la ciudad de Boston. Un grupo de soldados corría detrás de mí. Empujé a las personas fuera de mi camino, y me tropecé con una señora que cargaba una caja de tomates. Los soldados casi me alcanzaban, pero me levanté y seguí corriendo. Entré a un callejón y salté dentro de una carreta que estaba llena de paja. Me quedé ahí, esperando que los soldados dejaran de buscarme.

CAPÍTULO V

No supe cuánto tiempo pasó, pero cuando salí de esa carreta, era de noche. La luz de la luna alumbraba el área. También había lámparas de aceite colgando de la entrada de algunas casas. Me dio trabajo salir de la carreta. Mis manos estaban atadas y no era cómodo moverme. Caí al suelo como una fruta que cae de un árbol. Me paré y escupí la paja que tenía en mi boca. Exhalé y decidí sentarme en el suelo y recostar mi espalda en la rueda de la carreta. Puse mi cabeza sobre mis rodillas y me asaltaron las ganas de llorar. Estaba sola en un lugar que no conocía, tenía mucho frío, había perdido todo, y tenía mucho miedo. Me tranquilicé y busqué cómo soltar mis manos.

Encontré un tubo que tenía un filo pronunciado y comencé a frotar la soga contra el filo. Me corté en uno de mis dedos, pero continué y logré soltarme. El próximo paso era cambiarme la ropa. Pensé que no sería normal ver a una jovencita con la ropa ensangrentada. Tomé un traje color azul que colgaba de uno de los tendederos que había en el lugar. El traje me quedaba grande; al parecer, quien lo usaba le gustaba comer mucho. También me llevé una manta para cubrirme del insoportable frío.

Anduve por el lugar y había nieve por todos lados. El mes de enero estaba terminando y todavía había nieve, era algo sorprendente. Seguí buscando y encontré una puerta. La puerta parecía dirigir a un sótano y pensé que sería un lugar seguro para pasar la noche. Al entrar, me di cuenta de que estaba equivocada. Era un túnel plagado de ratas y alumbrado por antorchas, las cuales ayudaron a calmar el frío. Leí en uno de mis libros que, aparentemente, seguir las ratas era bueno para encontrar una salida. Seguí a las ratas, y supe que estaba en las alcantarillas de la ciudad. Había agua que caía desde lo alto, como si fuera una cascada. Coloqué mi mano bajo de esa cascada y el agua estaba fría, pero la usé para limpiar mi 'área'. Me sentí limpia y caminé hasta que llegué a lo que parecía un cuarto de armas. Era un cuarto lleno de mosquetes, uniformes y de otras cosas que le pertenecían a la armada británica. Ellos estaban allí. Decidí dormir en el lugar. Era arriesgado, pero tenía sueño. Me acosté en el suelo y dormí.

En la mañana, el sonido de las ratas me despertó. Cuando abrí mis ojos, vi que ellas estaban a mi lado. Me levanté rápidamente y sacudí mi vestido. Ya era hora de irme y salir de ahí. Pero antes, decidí echarle un vistazo a las armas que había en el lugar. Me acerqué a la mesa y tomé una cuchilla. Le quité el protector y empecé a practicar los movimientos que Luther me había enseñado. Sonreí y coloqué la cuchilla dentro del bolsillo que tenía el traje. Dejándome llevar por las ratas, logré llegar hasta una puerta que me llevó a otro callejón de la ciudad. Minutos después, ya estaba en las calles de Boston. El día estaba soleado y todavía hacía frío pero no era tanto. Yo estaba preparada para explorar a la ciudad.

Encontré un lugar que tenía un dragón verde colgando en la entrada. Me dio curiosidad. Creí que era un museo de dragones; había leído leyendas de ellos e historias en que un guerrero con armadura plateada combatía contra ellos. Al entrar, era algo totalmente diferente. Era un restaurante, al parecer. Había mesas por doquier y gente sentada desayunando. El olor de la comida me dio hambre. Se me acercó una señora que tenía un delantal.

Ella me sonrió -Saludos, jovencita. ¿En qué puedo ayudarte?

-Quisiera saber qué es este lugar.

-Bueno, estás en la Taberna del Dragón Verde, querida. El mejor lugar en el área para dormir y comer, y todo por el mejor precio.

Sí, la señora mencionó esa palabra clave, precio. Yo no tenía dinero y todo lo había perdido en el barco. Me despedí de la señora y salí de la taberna. El lugar se veía muy cómodo y agradable; yo quería quedarme en el Dragón, y eso iba a hacer.

Decidí hacer algo incorrecto, robar. Sabía que le molestaría a mamá, pero no tenía opción. Recorrí las calles de Boston y llegué a un mercado. El sitio estaba repleto de gente; no se podía caminar bien. Los vendedores gritaban que tenían el mejor pescado o los vegetales más frescos. Casi todos los que vendían allí eran granjeros, pescadores y cazadores. Era un lugar muy dinámico. Choqué con una mujer y ella cayó al suelo. La mujer, según su ropa y cómo olía, parecía de alta clase. Extendí mi mano para ayudarla, pero me ignoró y me respondió de mala manera. Lo que ella no sabía, era que había dejado caer un bolso de monedas, y yo no pensaba devolvérselo. El bolso estaba pesado, y posiblemente el dinero era suficiente como para dormir en el Dragón Verde. Antes de ir para allá, quise explorar el mercado. Me acerqué a un quiosco que vendía frutas, y había un cajón lleno de manzanas rojas y jugosas. Esperé a que el vendedor se volteara y agarré una manzana. Me alejé rápidamente del quiosco y salí del mercado.

De camino a la taberna, me entretuve mirando las monedas. Sí, mirando, porque yo no sabía contar monedas. No estaba mirando al frente y escuché el sonido de un tambor. No me importó al principio porque se escuchaba lejos, pero el sonido poco a poco se escuchaba más y más cerca. En ese momento, choqué con alguien y caí al suelo. Las monedas cayeron también. Cuando miré, un grupo de soldados británicos estaba parado frente a mí. El soldado que cargaba un cofre de madera frunció su ceño -¡Oye, ten cuidado por dónde caminas! -dijo en un tono desagradable. Los miré como un animal rabioso mientras recogía mis monedas y me quité de su camino. Ellos continuaron

marchando y me pregunté qué había dentro de ese cofre. Tenía que ser algo importante para ser protegido por tantos soldados. Llegué a la taberna y la señora me recibió otra vez.

-¿Tú otra vez? Bienvenida seas.

-Hola -dije y le mostré el bolso de monedas- ¿Me puede decir si este dinero es suficiente para poder quedarme aquí?

La señora aceptó con su cabeza y me sentó en la barra. Se paró al otro lado de la barra y regó las monedas frente a mí. Ella contó las monedas y me miró con una cara triste. El dinero no era suficiente y me devolvió las monedas. La señora se despidió y salí de la taberna.

Ya era de noche y hacía frío. Me sentía mal y caminé por las calles. Metí mis manos en los bolsillos del vestido y arrastré los pies. Caminé hasta llegar a lo que parecía una iglesia, y escuché voces. Caminé hacia el lado de la iglesia y vi a dos de los soldados que me había encontrado anteriormente. Estaban parados debajo de una carpa donde había una mesa. Encima de esa mesa, estaba ese cofre. En ese momento, se fue toda la molestia y me senté cerca del lugar, asegurándome de que los guardias no me vieran. Esperé a que ellos descuidaran la mesa. Y así pasó, ellos se alejaron y yo corrí hacia el cofre. Tenía que actuar rápido para evitar que me descubrieran. El cofre tenía un candado, busqué la hebilla en mi cabello, pero no la tenía. Me frustré por un momento y me puse a acuchillar el cofre. El cofre parecía romperse. Logré hacer un agujero lo suficientemente grande como para meter mi mano por él. Asomé mi ojo por el agujero y vi muchas bolsas de monedas dentro. Sin pensarlo, comencé a echarlos dentro de mis bolsillos.

Entonces, escuché un silbido. Al voltearme, eran los soldados. Empecé a caminar lentamente, con un bolso de monedas en mis manos. Uno de los soldados me vio y me gritó que estaba arrestada. Ahí, salí huyendo. Los soldados me persiguieron y yo entré por un callejón. Busqué un lugar en dónde esconderme y lo único que había era un pozo. Me volteé y escuché que los

soldados se acercaban. Cerré mis ojos y salté al pozo. Caí al agua, y parecía no tener fondo. Comencé a agitar mis brazos hasta llegar a la superficie y me aguanté de un cubo. Empecé a recuperar mi aliento y a temblar porque el agua estaba helada. Miré hacia arriba. El pozo era profundo. Exhalé relajada; al menos había perdido a los soldados. Entonces, el próximo paso era salir de ese pozo. Noté que algunos ladrillos estaban fuera de lugar y los podía usar para escalar. Tenía que salir de allí antes de congelarme por culpa del agua. Eso hice, me puse a escalar el pozo, pero me caí. Decidí vaciar mis bolsillos en el balde y me enojé al darme cuenta que tenía menos bolsas de monedas. Seguí escalando y cayendo, hasta que logré salir del pozo. Usé la polea para subir el balde y así recuperar mis pertenencias. Utilicé los callejones para llegar hasta la taberna, evitando encuentros con los soldados.

Finalmente llegué a la taberna, y cuando puse un pie dentro, la señora vio que yo estaba temblando y corrió hacia mí -¡Dios mío, niña, te vas a morir de frío! -dijo y me tomó de la mano- Y para colmo estás mojada -dijo la señora. Ella me sentó en la barra y me cubrió con una frisa. Me sirvió una taza y me la dio.

-¿Qué es esto? -pregunté.

-Té medicinal, te ayudará a evitar que te enfermes.

Bebí del té y sabía a no sé qué diablos, pero no sabía bien -Gracias -dije y empecé a sacar los bolsos de dinero de mi bolsillo -Tome. Cuente a ver si es suficiente como para dormir aquí.

La señora empezó a contar el dinero y asintió con la cabeza -Con todo este dinero te puedes quedar aquí por días.

Yo empecé a reír -¡Al fin!

La señora rió y levantó su ceja -No te voy a preguntar de donde sacaste todo este dinero -dijo la señora. Yo se le agradecí profundamente.

La señora, quién me explicó que se llamaba Annie y que era la posadera del lugar, me llevó a mi habitación. Cuando entré, vi un paraíso. Salí corriendo y me tiré en la cama. Me arropé rápidamente con todas las frisas, me sentía muy cálida. Annie me pidió que la acompañara y me llevó a un cuarto donde había una bañera hecha de madera. Me consiguió ropa limpia y me pidió que me bañara. El agua de la bañera estaba tan caliente que se podía ver el vapor. Al entrar, me sentí relajada y ya no tenía tanto frío. Luego de eso me vestí y regresé a la habitación. Estaba bañada, vestida con ropa limpia, me sentía muy bien. Me cubrí con las sábanas, y dormí.

A la mañana siguiente, un rayo de sol que entró por la ventana me despertó. Estiré mis brazos y estornudé. Me miré al espejo que tenía el gabinete de la habitación y vi que salía agua por mi nariz. Estaba enferma. La garganta me molestaba y tosí. Decidí bajar a la taberna para ver si Annie me podía dar alguna medicina que no fuese el té. Al bajar, la taberna estaba muy llena. Annie estaba en la barra y caminé hacia ella. Al parecer ella estaba esperando unos platos para llevar a una mesa.

-Hola Annie -dije con una voz ronca.

-Dios mío, parece que estás enferma. Una vez lleve estos platos, te serviré el té.

Viré mis ojos -No hay otra forma de...

-No. Beberás el té -dijo Annie y se fue a llevar los platos.

Luego ella regresó y me sirvió el desagradable té. Lo tomé y me senté a esperar el desayuno en una mesa. Mi desayuno fue pan con huevo frito y un vaso de agua. Luego de eso, me dio ganas de salir a la ciudad. Fui a donde Annie a decirle.

-Estás enferma, Carolyn, no deberías salir.

-No estaré mucho tiempo afuera, lo prometo.

-Bien, pero si no regresas antes de que oscurezca, enviaré a los muchachos a buscarte. ¿Entendido?

Asentí con la cabeza y tomé un abrigo y salí de la taberna. Afuera estaba nevando, pero el frío no era tanto. Me mantuve cerca de la taberna y fui al mercado a ver las frutas. Y por supuesto, a llevarme algunas, porque esas manzanas se veían irresistibles. Luego de tomar las frutas me senté en un banco a comerla. Entonces, escuché los tambores. Cuando miré, era un escuadrón de soldados británicos. Miré al suelo y seguí comiendo la manzana. No me atreví a mirar si los soldados a quienes les había robado estaban ahí. Una vez pasaron, observé, pero no pude diferenciar porque todos estaban de espaldas. Seguí mi paseo por la ciudad, y el sol empezó a esconderse. Ya era hora de regresar a la taberna y caminé hacia ella. De camino, me llamó la atención un señor que estaba alumbrando hacia la pared con una linterna de aceite. Me acerqué a ver qué era lo que alumbraba.

CAPÍTULO VI

Era un cartel, que tenía un dibujo de una mujer, que se parecía demasiado a mí. Debajo del dibujo, estaba la palabra 'Ladrona' y estaban ofreciendo una recompensa. En ese instante supe que yo era la mujer en ese cartel y que los soldados me estaban buscando. Fruncí el ceño y arranqué el cartel de la pared. El hombre con la linterna se me quedó mirando impresionado. Regresé a la taberna y Annie me recibió con un regaño. Me disculpé y ella me pidió que no dijera más y me ordenó a subir a mi habitación. Bebí té y me acosté a dormir.

A la mañana siguiente, desperté y me dirigí hacia las escaleras para bajar a la taberna. Cuando miré bien, dos soldados británicos estaban hablando con Annie. Me espanté y me oculté detrás de la pared. Pude escuchar lo que estaban hablando.

-Los testigos dicen que ella estuvo aquí -dijo uno de los soldados.

-Bueno, esos testigos mienten. Nosotros no le damos refugio a los criminales

-respondió Annie y cruzó sus brazos.

-Revisaremos los cuartos, y por su bien, será mejor que ella no esté aquí -dijo el otro soldado.

Escuché los pasos subiendo las escaleras. Corrí hacia mi habitación y me oculté debajo de la cama. Después de unos segundos pensé que ese no era el lugar para esconderme, pero ya era tarde. Salir de mi escondite podía causar que los soldados me vieran. De pronto, la puerta de mi cuarto se abrió bruscamente. Escuché unos pasos y supe que los soldados estaban allí. Tapé mi boca y respiré suavemente.

-No está aquí -dijo un soldado.

-Revisaré el guardarropa, y revisa a ver si está debajo de la cama -dijo otro soldado.

Mi corazón latió más rápido de lo normal. Me arrastré tratando de hacer el menor ruido posible hacia la cabecera de la cama y me acomodé debajo de ella. Vi como el soldado se doblaba a mirar -No está aquí -dijo. Cerré mis ojos, aliviada, y los soldados salieron de la habitación. Me quedé oculta por un rato, y justo cuando pensaba salir, alguien entró al cuarto. Era Annie, y me pidió que saliera de mi escondite.

Ella se volteó hacia mí -Los soldados te estaban buscando. Dicen que tú le robaste a la armada.

-Sí fui yo, ¿cómo crees que pude pagar mi estadía aquí?

Annie rió -Eres más valiente de lo que pareces, Carolyn. Me alegra que no te hayan encontrado.

-Por un momento creí que le dirías que yo estaba aquí.

Ella negó con su cabeza -Eso jamás. Esos idiotas vienen a beber aquí y no pagan -dijo y se dirigió a la salida- Carolyn, te recomiendo que no vuelvas a salir

a la ciudad. Es peligroso, en adición a que te puedes enfermar más.

Yo sonreí -Gracias por todo, Annie.

En esos días, me mantuve oculta en la taberna. Annie me recogió el cabello y me colocó unos espejuelos, para así evitar que los clientes de la taberna me reconocieran. Me sentaba a jugar juegos de mesa con algunos visitantes y les ganaba. Jugar damas con los tripulantes de La Rosa me había ayudado a convertirme en una experta. Pero, un visitante trajo un juego llamado Fanorona. Jamás había escuchado de él. Me explicó que venía de una isla llamada Madagascar. Un jugador tomaba las piezas blancas, y el otro tomaba las piezas negras. Las reglas del juego consistían en mover las piezas en sucesión para tomar las de tu oponente. La persona que se quedara con todas las piezas del oponente ganaba. Perdí en muchas ocasiones, pero luego le cogí el truco al juego y logré ganar. La estrategia era pensar, Fanorona era un juego de lógica. Así me la pasé durante esos días, divirtiéndome con juegos de mesa y bebiendo, mucho. Tanto que Annie me llevaba al cuarto porque yo estaba tan ebria que no podía subir las escaleras.

Entonces llegó el mes de febrero. Pasó que Annie entró al cuarto para decirme una noticia no muy grata. Mi estadía había terminado, ya que el dinero era lo suficiente para pagar cuatro días y tenía que irme. Annie quería ayudarme pero el dueño de la taberna no paraba de insistir. No quise causarle más problemas a ella y acepté. Salí de la taberna a buscar dinero, y luego de horas de búsqueda, la única opción que tenía era robarle a la armada. Otra vez, recorrí la ciudad en busca de un escuadrón de esos idiotas.

Llegué hasta unos terrenos, y ahí fue donde los encontré. Eran cinco soldados, que conversaban afuera de la casa. Yo sabía que dentro de ese lugar había un cofre lleno de monedas, y me senté a esperar a que los soldados se desaparecieran. Las horas pasaban, y los desgraciados no se iban. Eran muchos, y yo no podía enfrentarme a ellos con una simple daga. Caminé a distancia

alrededor de la casa y vi la ventana. Esa era la forma para entrar y robarme las monedas.

Caminé de puntitas hacia esa ventana, tratando de hacer poco ruido y subí por ella. Al parecer, haber caído en ese pozo me sirvió de práctica. Los soldados no se dieron cuenta de que yo estaba dentro y sonreí confiada. Caminé hacia el cofre y justo cuando lo iba a acuchillar para abrirlo, recordé que podría hacer mucho ruido. La otra opción era llevarme el cofre y que Annie me ayudara a abrirlo. Lo levanté y no era tan pesado como esperaba. Me acerqué a la ventana por la cual había entrado y tiré el cofre por la ventana, y el impacto se escuchó.

Los soldados escucharon el ruido y me vieron con el cofre en mis brazos. Me persiguieron y corrí hacia la ciudad. Pasé por las fincas y escuchaba a los soldados acercándose. Uno de ellos saltó sobre mí y logró detenerme. El cofre cayó al suelo.

-Levántenla -ordenó. Dos soldados me tomaron de los brazos y me levantaron. El oficial, por decirlo así, me quitó los espejuelos y soltó mi cabello - Tu disfraz no sirvió de nada, jovencita.

Yo fruncí el ceño -Tus soldados no sirven para nada.

El oficial cruzó sus brazos y miró a sus compañeros -Llévenla al carruaje, manos atadas a la espalda. Ya sé cómo lidiar con esta niña.

Yo hice el intento de soltarme, pero era inútil. Los soldados me amarraron las manos. Me arrastraron hacia el transporte y me tiraron dentro del carruaje como si fuera un animal y cubrieron mi rostro con un saco. Cerraron la puerta y escuché al oficial -Ya saben a dónde tienen que llevarla -dijo. Yo me preguntaba a dónde. Podía escuchar las ruedas del carruaje rozando el suelo. Pasamos por un camino lleno de rocas y este se tambaleó un poco. Poco a poco, el sonido del fuerte viento se escuchaba. Hacía más frío de lo normal, y yo estaba temblando. No podía ver nada. De pronto, el carruaje se detuvo. Escuché uno de los soldados bajar del carruaje.

-¿Crees que este es el lugar? -dijo.

Escuché hablar al otro soldado -Sí. Si no muere por la caída, morirá de frío. Si no muere de frío, la matará un animal.

Me tomaron por la pierna y me sacaron del carruaje. El frío era insoportable y el viento soplaba muy fuerte. El frío no me dejaba caminar, pero los soldados me forzaron a hacerlo. Entonces, sentí una patada en la espalda y caí al precipicio. Rodé por una cuesta, golpeándome con rocas, troncos de árboles y todo lo que había en el camino.

Finalmente, paré de rodar y gemí de dolor. La nieve poco a poco cubría mi cuerpo, y por un momento pensé que ese era mi fin.

CAPÍTULO VII

Escuché unos rugidos. Rugidos de un lobo. No podía ver bien por culpa del saco que cubría mi rostro, pero miré a mi alrededor en busca del animal. Entonces, lo pude ver. Estaba parado sobre la roca. Podía ver sus ojos. Ojos hambrientos de carne humana. En ese momento grité, y el lobo saltó sobre mí. Era muy agresivo y estaba mordiendo mi costado. Grité desesperada y adolorida mientras el lobo me arrancaba la piel. Minutos después, escuché pasos y rugidos. Al parecer era un par de lobos más. Estos mordieron mi pierna, y el dolor era tanto que ya no podía gritar. Entonces, escuché el gemido de un lobo, como si lo hubiesen matado, y los otros dos rugieron y ladraron. Los oí correr y escuché la voz de un hombre peleando. Poco a poco, el ruido se escuchó menos, y todo se vio oscuro.

Escuché voces, y abrí mis ojos. Estaba en un cuarto, acostada en una cama. Me habían quitado la camisa y cubrieron mi pecho con vendaje. En ese momento, una mujer entró al cuarto. La mujer era rubia, de ojos azules y piel tan blanca como la nieve. La mujer me sonrió.

-Me alegra que hayas despertado -dijo.

Yo exhalé; aún estaba adolorida -¿Dónde estoy?

-Esta es mi casa. Mi hijo te encontró en el bosque. Fuiste atacada por lobos. ¿Qué hacías en ese bosque a esa hora?

-Es una larga historia, señora...

-Hamilton. Joan Hamilton. A Christopher le alegrará mucho que hayas despertado. Estaba preocupado por ti.

-Les agradezco mucho que me hayan ayudado. Y mi nombre es Carolyn, por cierto.

-Carolyn, un placer.

Minutos después, un joven entró a la habitación. Tenía la piel blanca y los ojos azules, igual que su mamá. Su cabello era oscuro y demasiado corto, casi calvo. Así que, pensé que era Christopher. Él me sonrió.

-¡Despertaste!

Yo le sonreí -Gracias por salvarme la vida, Christopher.

La cara de Christopher cambió. Su sonrisa había sido reemplazada por un ceño fruncido. Salió de la habitación, y eso me hizo sentir muy mal -¿Pero por qué se fue?

Joan exhaló -Es tu acento. ¿No eres de por aquí, verdad?

Yo negué con mi cabeza. Joan se fue de la habitación y llamaba a Christopher. Al parecer, yo no era bienvenida en esa casa. Un rato después, Joan entró al cuarto con un tazón. Ella me lo entregó. Era estofado, y olía a vegetales. Me dio una cuchara y comí. Joan revisó el vendaje de mi pierna. Le pregunté en

dónde estaba Christopher.

-Se fue. Creo que está en casa de Pierre -contestó.

-No entiendo, yo no le dije nada malo.

-Es por tu acento, Carolyn. Tu acento es británico, Christopher no soporta a los británicos.

Abrí mis ojos sorprendida -¿Por qué los odia?

Joan se detuvo por un instante, y continuó vendando mi pierna -Le juré a Christopher que no tocaría el tema -dijo y me miró- pero si logras ganarte su confianza, vas a entender.

Durante esos días, Joan me ayudaba a pararme y a caminar. Pararme no era tan difícil, pero caminar sí lo era, en adición a ser doloroso. A la semana, podía caminar sin que Joan me aguantara, aunque continuaba siendo incómodo. Bajar las escaleras me tomaba mucho tiempo, ya que la casa de Joan era de dos pisos. Bajé a la cocina esa mañana, y Joan estaba parada frente al caldero. Me senté en la mesa y la saludé. Ella me sirvió el desayuno y le di las gracias. Nos sentamos juntas en la mesa. Entonces, la puerta de entrada fue abierta. Cuando miré, dejé caer la cuchara. Christopher era el que estaba parado en la puerta. Él entró a la casa y se dirigió hacia las escaleras.

-Hola mamá. Hola Carolyn -dijo y subió las escaleras.

-¿No quieres que te sirva algo de comer? -preguntó Joan.

Christopher la ignoró y subió. Joan exhaló molesta -Idiota, es igual a su padre -dijo y terminó de comer. Joan se fue de la mesa y yo me quedé sola. Me sentía muy incómoda con la situación. En la noche, le pedí permiso a Joan para salir. Ella me dijo que sí, con la condición de regresar rápido. Me entregó una frisa

para cubrirme del frío y salí de la casa a caminar por las calles. Estaba en la ciudad de Lexington, un pueblo que se veía pequeño. Un edificio alumbrado llamó mi atención y me acerqué. Al entrar, me di cuenta de que era una taberna, llena de soldados británicos. Me puse un poco nerviosa, y caminé hacia la barra. Un hombre estaba limpiando un vaso de cristal. El hombre me sirvió una cerveza y tomé. En el cuarto vaso, me sentía satisfecha y recordé que no tenía dinero para pagar. Esperé a que el hombre se diera la vuelta y salí de la taberna. Al llegar a la casa, Christopher abrió la puerta. Él frunció el ceño.

-¿Dónde estabas? -preguntó.

-Estaba en la barra, señor Hamilton.

-¿Estabas reunida con tus amiguitos ingleses?

-No señor, yo...

-No digas más. No me interesa. Entra.

Entré a la casa y Christopher cerró la puerta. Subí al cuarto de Joan y me acosté en la cama. La forma en la que Christopher me habló me recordó a mi padre. Las horribles memorias que tenía de ese hombre pasaron por mi mente otra vez, y empecé a llorar. Para colmo, escuché a Christopher y a Joan discutiendo. Ella lo acusaba a él de ser como su papá, y él la culpaba. Cubrí mi cabeza con una almohada, tratando de no escuchar la discusión. Minutos después, la discusión había terminado. Quité la almohada de mi cabeza y me senté en la cama. Me puse a pensar en Christopher, en que no le había dado las gracias por salvarme la vida. Quería hacer las paces con él.

A la mañana siguiente, bajé a desayunar. Christopher estaba ahí, sentado en la mesa. Me senté a su lado y él exhaló irritado. Joan nos sirvió el desayuno, y Christopher comenzó a comer rápidamente.

-Christopher, ¿podemos hablar?

Christopher vació su plato y se limpió la boca con un pañuelo. Entonces, me miró -No tenemos nada que hablar -dijo y se paró de la mesa.

Joan viró los ojos y se fue detrás de él. Escuché el sonido de la puerta cerrándose y decidí subir. Puse mi oreja en la puerta, y escuché.

-Christopher, ¿no ves que ella quiere ser tu amiga?

-A mí no me interesa. No confío en ella.

-Ella merece una oportunidad.

-¿Oportunidad? Los británicos no merecen una oportunidad. Recuerda lo que papá nos hizo -dijo Christopher y salió del cuarto. Nos encontrábamos frente a frente -Estabas escuchando, ¿verdad? -dijo molesto y se fue.

Yo fruncí el ceño y crucé los brazos. Mis niveles de paciencia estaban en lo más bajo. Christopher estuvo fuera por varios días. Yo me quedé con Joan, ayudándola en las tareas del hogar. Pero después él regresó, a la hora de la cena. Él estaba sentado y yo llegué a la mesa. Joan me ofreció la comida y yo asentí. Me dirigía a sentarme y justo cuando iba a probar mi comida, Christopher abrió su boca.

-¿Acaso no te puedes servir tu comida?

En ese momento, tiré mi tenedor contra la mesa y me paré a su lado - ¡¿Cuál es tu problema?! Desde que llegué aquí, lo único que has hecho es tratarme como basura.

Christopher se levantó de su silla -Tú eres el problema. Estoy harto de los británicos, de ti, de tu maldito acento y de la forma en que ustedes nos tratan. La gente que asesinan, los impuestos que nos achacan, el abuso al cual nos someten.

-Así que es por eso, ¿eh? Yo terminé en ese bosque por culpa de esos soldados británicos. Por culpa de ellos, lo perdí todo. Si me odias tanto me hubieses

dejado morir -dije con lágrimas en los ojos. Christopher exhaló molesto. Iba a dirigirme la palabra pero se fue del comedor.

Entonces, el mes de marzo inició. Todavía caía nieve. Todavía hacía mucho frío. Christopher no me habló durante esos días y yo no hice el intento de acercarme. Estaba muy molesta con él, pero a la vez, entendía su forma de actuar. Una mañana, Joan le pidió a Christopher que fuera a Boston a comprar suministros médicos, ya que ella era la enfermera del pueblo. En Lexington no había médicos, y los enfermos y heridos tardarían horas en llegar a las ciudades en busca de ayuda. Sucedió que Joan me ordenó a que fuera con Christopher. Ambos estábamos muy disgustados, pero teníamos que obedecer. Fuimos al establo de la casa, donde había un caballo color blanco con manchas negras. Yo subí al caballo y justo cuando él iba a montarlo, me miró seriamente -Carolyn, vas conmigo porque no tengo otra opción. Más vale que te comportes y que hagas lo que te pida -dijo él y yo asentí con la cabeza. Christopher montó el caballo y nos dirigimos hacia la ciudad de Boston.

CAPÍTULO VIII

Viajamos por horas por la frontera. Miré a mi alrededor y admiré la naturaleza. No estaba nevando y el paisaje se veía claramente.

-Es un lugar muy lindo -dije.

-Sí, lo es -respondió Christopher.

No esperé que me hablara, pero no se escuchaba enojado. Al parecer, cabalgar por ahí le hacía sentir mejor. Después llegamos a Boston, y por alguna razón, había más gente de la que había visto antes de irme. Christopher dejó al caballo en el establo. Me ayudó a bajar y él se alejó.

-Christopher, ¿lo vas a dejar solo aquí?

Christopher viró sus ojos -Es un establo. Él se queda aquí y nada le pasará. Ahora camina, no tenemos mucho tiempo.

Christopher y yo caminamos por las calles de Boston en busca de la oficina del

doctor. Él permanecía silencioso y yo miraba a mi alrededor. Los carteles que tenían mi rostro con la palabra 'ladrona' ya no estaban. Solté una carcajada. Al parecer, los soldados creían que yo estaba muerta. Llegamos a la oficina del doctor. Había un par de sillas y un florero. Me senté en una de las sillas y esperé. Un hombre salió de una habitación. Estaba despeinado, tenía espejuelos y usaba bastón. Él le entregó a Christopher la caja con los suministros médicos, la cual estaba llena de vendajes, alcohol y botellas de cristal con líquido dentro. El hombre me miró. Le preguntó a Christopher si yo era su esposa. Él rápidamente respondió que yo era su acompañante. Yo estaba sonrojada y solo quería enterrar mi cabeza en aquel florero. Salimos de la oficina y nos dirigimos hacia el establo. Christopher me explicó que el doctor había estudiado en una universidad llamada Harvard. Ahí, él decidió hacer un chiste de mal gusto.

-Sí, un lugar al cual van personas inteligentes. Por lo tanto, tú no puedes ir - dijo y se rió burlonamente.

Yo fruncí el ceño y lo pateé en la espinilla. Hubiese preferido patearlo en la entrepierna -No te burles de mí, Christopher.

Él me miró serio -No me digas lo que tengo que hacer. Sube al caballo.

Cuando iba a subir, el campanario se escuchó. Las personas corrían hacia un mismo lugar. Christopher detuvo a un hombre y le pidió explicación. El hombre respondió que había un motín y Christopher corrió. Lo perseguí. Llegamos hacia un lugar donde había muchas personas. Estaban gritando palabras soeces y lanzando piedras. Christopher y yo nos movimos hacia el frente. El motín era frente a un edificio que era vigilado por soldados británicos. Uno de esos soldados yo lo conocía.

Thomas Preston se encontraba agitado, y trataba de establecer la calma -Por favor, dispérsense. Actuar de esta manera está prohibido.

-¿Preston? -dije.

-¿Lo conoces? -preguntó Christopher.

Yo asentí con la cabeza -Sí, él estaba...

En ese momento, una piedra golpeó a uno de los soldados y este cayó al suelo. El mosquete se disparó y las personas entraron en pánico -¡No disparen! -gritó Preston.

Los soldados entraron en pánico también y comenzaron a disparar sus mosquetes. Asesinaron a un hombre y a una mujer. Cuando los vi caer al suelo muertos, sentí una rabia en mi interior y salí corriendo hacia ellos. Christopher trató de tomar mi brazo, pero no pudo. Salté sobre uno de los soldados y lo golpeé. Lo tomé por el cuello y empecé a sofocarlo. El hombre trataba de soltarse pero no podía. Yo seguía ahorcándolo. Otro soldado me golpeó en el hombro con el mosquete y solté al que estaba ahorcando. Caí al suelo y el otro soldado me apuntó con el mosquete. En ese momento, Christopher apareció y me ayudó a levantarme. Ambos salimos corriendo. Nos dirigimos hacia un callejón y el disparo le dio a la pared. Christopher y yo nos ocultamos detrás de unos barriles. Aún se escuchaban los disparos y a las personas gritando. Yo lloraba, me halaba el pelo, estaba desesperada.

-No los pude salvar. Están muertos -susurré.

Christopher me tomó de los hombros y me forzó a mirarlo -Carolyn, tú no podías hacer nada. No es tu culpa -dijo y me ayudó a pararme- Regresemos a casa, no es seguro aquí.

Llegamos de noche a Lexington. Cuando pisé la casa, corrí hacia el cuarto y cerré la puerta. Me acosté en la cama y lloré. Me sentía muy mal. Entonces, escuché la puerta abrir. Pensé que iba a ser Joan, pero al mirar, era Christopher. Yo sequé mis lágrimas y lo miré. Christopher jugaba con sus manos y se acercó.

-Carolyn -dijo y me miró- te debo una disculpa.

Yo le sonreí -Christopher, yo entiendo que...

-No. Carolyn, te juzgué, y te traté como escoria y eso no estuvo bien. Vi que eres diferente. Por eso, te pido que me perdones.

-Te perdono, Christopher. Y te doy las gracias por haberme salvado la vida.

Christopher sonrió y me dio la mano -De nada -dijo y rió. Él se dirigió hacia la puerta, y cuando iba a salir, se volteó hacia mí -Algo más, Carolyn. Lo que pasó en Boston no fue tu culpa. Debo decir que eres una mujer muy valiente por haberte enfrentado a las casacas rojas.

Christopher sonrió y se retiró. Me sentía muy tranquila. El saber que Christopher y yo habíamos hecho las paces me hacía sentir muy feliz.

CAPÍTULO IX

Cuatro días después, Christopher quería ir a Boston para visitar a un amigo suyo. Estaba desayunando cuando él bajó por las escaleras.

-Madre, voy a Boston. No estaré mucho tiempo -dijo y agarró el pomo de la puerta.

Joan se acercó -Alto ahí, jovencito. Usted no va a ninguna parte. Después de lo que pasó allí, te prohíbo que vayas a Boston -dijo y se volteó hacia mí- Lo mismo va para usted, señorita.

Yo levanté los brazos -No he dicho nada.

Christopher estaba un poco decepcionado, y se fue a su habitación cabizbajo. Después de terminar de desayunar, me fui a la habitación de Christopher y toqué la puerta. Él me recibió con una sonrisa y me invitó a pasar. Él estaba limpiando algo que parecía un mosquete.

-¿Eso es un mosquete? -pregunté.

-Es algo aún mejor, este es un rifle de cacería -respondió y siguió limpiando el cañón- tengo la intención de ir a cazar más tarde, ¿quieres venir? -preguntó.

Asentí con mi cabeza -Sí, claro, aunque eso suena un poco violento.

Él terminó de limpiar el cañón y cargó el rifle -Bien. Te avisaré cuando sea la hora de irnos.

En la tarde, Christopher me llamó para ir a cazar juntos. Yo estaba emocionada y asustada al mismo tiempo. Caminamos un rato en el interior del bosque y nos detuvimos al lado de un árbol.

-Este es el lugar perfecto -dijo y empezó a trepar el árbol.

Incliné mi cabeza y observé cómo subía -¿Qué eres? ¿Una ardilla? -dije entre risas.

-Este es un buen punto de observación. Vamos, sube.

Lo miré con asombro mientras él caminaba por las ramas -Christopher, no puedo subir al árbol. Me puedo caer y morir.

Christopher rió y me miró -No te vas a caer. Ahora date prisa y sube al árbol.

Suspiré y comencé a trepar el árbol, aguantándome del tronco con fuerza. Al menos, la caída en aquel pozo me sirvió como práctica. Nos sentamos en la rama, a la espera de la presa perfecta. Vimos a un alce.

-Mira esa bestia. Es hermosa -dijo al mismo tiempo que cargaba su rifle y le apuntaba al animal.

-¿Piensas dispararle? -le pregunté nerviosa.

En ese momento, él tiró del gatillo y le disparó al animal en la cabeza. Christopher rió -¡Lo maté! -celebró y saltó del árbol.

-¡Por dios, Christopher! Ni siquiera me dejaste cerrar los ojos -dije mientras bajaba con cuidado del árbol.

Christopher corrió hacia el alce muerto y sacó su cuchillo. Me reuní con él y me arrodillé a su lado. Le pregunté qué era lo próximo y me explicó que había que quitarle la piel. Sin ninguna delicadeza, Christopher abrió el animal. Su ropa estaba empapada de sangre y el desorden me recordaba a lo que pasó en el barco del capitán Nolan. Christopher comenzó a sacar los órganos del cuerpo del animal.

-Parece que disfrutas hacer esto -dije mientras miraba a los ojos sin vida del alce.

-Me gusta la caza, no quitarles la piel. Yo sólo hago esto por dinero. Los comerciantes pagan una gran cantidad por las pieles de los animales. Con ese dinero, podemos comprar comida.

-Oh, ya veo, ¿y quién te enseñó a cazar?

Christopher paró de pelar al animal y exhaló -Mi padre.

-¿Puedo saber dónde está?

Christopher terminó de quitar la piel. Limpió la sangre del cuchillo en su pantalón y lo guardó. Cogió la piel y se alejó. La colocó en el suelo y se subió al árbol de nuevo -¿Christopher? -llamé.

-Ven, voy a hablarte de él.

Empecé a subir el árbol, pero de repente resbalé. Afortunadamente, Christopher agarró mi mano y me ayudó a subir. Me senté en la rama y él estaba a mi lado -Mi padre era un buen hombre. Él me amaba tanto como yo lo amaba, aún más, creo. Todas las cosas que sé hoy día, las sé gracias a él. Entonces, mamá y yo descubrimos quién realmente era.

-¿Qué fue lo que pasó? -pregunté.

-Estaba en Nueva York. Mamá y yo salíamos de la casa de Pierre. Entonces, vi a una casaca roja, un soldado que se parecía mucho a mi papá. Pero, era imposible. Él nos había dicho que se iba a Filadelfia. Al mirar bien, era él. Estaba embargando una casa junto a un escuadrón. El hombre que estaba en la casa se negaba a pagar, y papá le disparó en la cabeza. Yo no sabía qué hacer, pero mi madre corrió hacia él, gritándole 'asesino'. El escuadrón la detuvo y la empezó a golpear. Papá no hizo nada para evitarlo. Él simplemente, la observó. Hice lo mejor para defenderla, pero también me golpearon. Papá les pidió que se detuvieran, y eso hicieron. Se alejaron, y nos dejaron ahí, en medio de la calle, lastimados.

Permanecí en silencio por unos segundos. Observé a Christopher y noté algo. Los ojos y su piel le pertenecían a su madre, pero esos labios y esa nariz me eran conocidas -Christopher, ¿cómo se llama tu padre?

Christopher me miró serio -Su nombre es Luther.

Sentí un dolor en mi pecho -Yo...yo lo conozco. Él me traicionó, me hizo creer que era mi amigo, pero me apuñaló por la espalda.

-Sí, es un desgraciado. Por eso lo odio, y por eso odio a los británicos. A todos menos a ti.

Yo le sonreí -Gracias por confiar en mí, Christopher.

-Claro. Ahora, quiero saber tu historia.

El sol comenzaba a ocultarse -Deberíamos regresar. Te contaré todo en el camino.

CAPÍTULO X

De camino a la casa, le expliqué a Christopher todo lo que había ocurrido antes de conocernos. Le hablé de mi padre abusivo, cómo me escapé de Inglaterra, cómo conocí a Luther, su traición, mis robos a las casacas rojas y cómo terminé en ese bosque. Entramos en la casa, y Joan no estaba allí. Christopher preparó un té y me sirvió una taza. Luego se sentó a mi lado, y continuamos con la conversación.

-No te he dicho lo más importante, Christopher.

-Soy todo oídos -respondió.

Suspiré profundamente -Luther robó el collar de mi madre. Quiero recuperarlo.

Christopher bebió de su vaso -¿Por qué es tan importante?

-No es un simple collar, Christopher. Se trata de uno que tiene un valor sentimental para mí. Yo nunca la conocí, ella murió cuando yo nací, por lo que el collar es el único recuerdo que tengo de ella.

Él se encogió de hombros -América es un lugar muy grande, Carolyn. ¿Cómo

piensas encontrarlo? -preguntó y bebió de su taza de té.

-Simple, voy a buscar a su esposa, Teresa, la encontraré y ella me dirá dónde esta Luther.

-No sabía que él estaba casado -dijo Christopher y frunció el ceño- seguramente la pobre no sabe con quién se ha metido.

-Cuando la encuentre, trataré de hacerla razonar.

A la mañana siguiente, bajé a la cocina y Christopher estaba allí hablando con un hombre joven, quien tenía barba. Joan les sirvió tazas de té, y Christopher se fijó en mí. Christopher me presentó a Pierre, el famoso amigo del que siempre estaba hablando. Pierre era mayor que él, y nos contó que su padre había terminado de construir un barco llamado El Fénix.

Pierre miró a Joan -Saldremos navegar al Viñedo de Marta mañana por la mañana.

-Eso es maravilloso, Pierre -dijo Joan.

-Me preguntaba si usted le permitiría a Christopher venir con nosotros.

Joan levantó una ceja y Christopher la miró con ojos sumisos -Está bien, pero tienes que cuidar muy bien de él -dijo. Christopher se estremeció de la emoción.

Pierre me miró -Puedes venir con nosotros si deseas, Carolyn.

Torcí mi boca -No sé, tuve una mala experiencia la última vez que navegué -le dije.

-Vamos Carolyn, será divertido. Ven con nosotros, por favor -dijo Christopher.

Viré los ojos -Bien, está bien, voy a ir, entonces- respondí.

Christopher y yo empacamos nuestras cosas. Joan me prestó ropa, por si

acaso. Estaríamos cerca de tres semanas lejos de casa, y nos fuimos de viaje a Nueva York. Horas después de viajar en el carruaje conducido a caballo, estábamos en Nueva York. La ciudad me recordó a Boston, pero de alguna manera era más concurrido. Llegamos a la casa de los padres de Pierre, que era un edificio de dos pisos, al igual que mi casa en Inglaterra. En el interior, nos sentimos muy bien recibidos por los padres de Pierre, el señor y la señora Brodeu. Cenamos juntos y me di cuenta de que tenían un acento francés. Les pregunté y me dijeron que se mudaron de Francia a Nueva York. Después de terminar la cena, se nos ordenó ir a la cama. Estaba cubierta con las mantas y esperé la salida del sol con gran anticipación.

Al amanecer, Christopher me despertó y nos fuimos al muelle cerca del edificio. El señor Brodeu ya estaba a bordo de la nave, y nos vio. El capitán estaba muy orgulloso de su nave y nos pidió que nos ‘deleitáramos con su belleza’. Christopher y yo reímos y subimos al barco. El Fénix estaba construido con una madera resistente, y tenía un fénix tallado en el bauprés. Los tripulantes parecían muy ocupados subiendo la carga a la nave. Minutos después, las velas se soltaron y el Fénix se dirigió hacia el Viñedo de Marta. El mar estaba muy tranquilo. Estaba en la cubierta superior, admirando el océano. Christopher se acercó a mí y me dio un pedazo de pan. El cocinero los estaba repartiendo y decidí darme uno. Christopher me explicó que el Viñedo de Marta era una pequeña isla en la que los barcos anclaban y los tripulantes podían bajarse y pasarla bien. El señor Brodeu quería contratar oficiales de armas para que montaran cañones en el barco.

Días más tarde, estábamos cerca de la isla. Estaba en la cubierta baja, conversando con la señora Brodeu, cuando Christopher entró en la habitación. Nos avisó que había muchos barcos en el mar y me pidió que subiera. Sonreí y me fui a la cubierta superior. Era cierto, había muchas naves mercantes en el mar. Nunca había visto tantos barcos en un solo lugar. Cada vez que uno pasaba a nuestro lado, los miembros de la tripulación en ese barco nos saludaban y silbaban hacia nosotros. Fue muy divertido saludarlos. El Fénix se acercó al muelle y la nave había anclado. Christopher, Pierre y yo acompañamos al capitán a una taberna cercana. Una vez dentro, fuimos recibidos por el dueño. El capitán preguntó por dos hombres llamados Jerrold y Ralphie Wray, un par de hermanos que servían como oficiales de armas de fuego. El capitán se sentó con ellos, y se firmó el contrato sin problemas. En un abrir y cerrar de ojos, el Fénix

finalmente fue armado con cañones. Sin embargo, también tenía algunas armas que no vi en el barco del capitán Nolan. Se llamaban giras, pequeños cañones que eran más precisos, pero menos potentes que los cañones normales. Después de eso, el Fénix estaba listo para regresar a Nueva York.

Tres días más tarde, yo estaba durmiendo y desperté bruscamente por el sonido de los cañones. Oí pasos corriendo a la cubierta superior. Subí y estaban todos mirando hacia el mar. Fui a donde Pierre y él me informó que un barco pirata se acercaba. El capitán miró a sus tripulantes -Caballeros, tenemos compañía. ¡Prepárense para la batalla! -dijo. Los tripulantes liberaron gritos de batalla y comenzaron a cargar los cañones. Dos hombres subieron y tomaron el control de los pivotes y uno fue entregando las armas. Parecía que el evento en el barco del capitán Nolan estaba sucediendo de nuevo. Pedí una espada, y el hombre repartiéndolas me miró raro. Al fin y al cabo me la entregó y me uní a Pierre y a Christopher, quienes estaban armados con mosquetes.

El barco pirata disparó sus cañones y vi como la bala de cañón se dirigía a nuestro barco. El capitán nos pidió que nos cubriéramos y los cañones del Fénix fueron disparados. El buque enemigo se las arregló para alcanzarnos rápidamente, y las cuerdas fueron arrojadas a nuestra nave. Los piratas abordaron el barco y una batalla comenzó. Los tripulantes comenzaron a pelear contra los piratas. Uno de ellos me atacó. Pude bloquear varios de sus ataques, pero luego me dio una patada en el estómago y me derribó en el suelo. El pirata intentaba apuñalarme en la cabeza, pero rodé a un lado y la espada atravesó el suelo. Rápidamente, me puse de pie y atacué de nuevo. Él me cortó en el brazo y grité de dolor. El pirata se rió de mí y trató de golpearme con la espada. Logré moverme hacia el lado, y con mi espada, le corté en el cuello. El hombre comenzó a toser sangre y vi cómo la luz dejaba sus ojos. Me quedé paralizada por un momento. Había asesinado a alguien. Poco a poco me di la vuelta y vi a un pirata corriendo a la cubierta baja. La señora Brodeu estaba en peligro y corrí hacia la escotilla.

En el piso inferior, el choque de acero se podía escuchar, pero también los gemidos de la señora Brodue. Caminé tratando de hacer el menor ruido posible. Me asomé por la puerta de la habitación de los Brodue y vi el pirata sosteniendo a la señora como rehén. Me di cuenta de que el pirata estaba vestido de manera

diferente a los demás, y pensé que era el capitán del barco pirata. Silenciosamente, caminé hacia él, y levanté mi espada. En ese momento, lo apuñalé por la espalda. La espada lo atravesó por completo, y su sangre cayó sobre la señora Brodeu. Saqué la espada y el hombre cayó muerto al suelo. Exhalé y dejé caer la espada. Lloré, y la señora Brodeu me abrazó -Se acabó, todo terminó. Tranquila -dijo. Yo me recosté de su pecho y seguí llorando.

Los piratas habían sido vencidos. El Fénix estaba cubierto de sangre y había cadáveres en el suelo. Caminé hacia Christopher, quien estaba siendo curado por el médico del barco, y vi como los tripulantes lanzaban los cadáveres de los piratas al mar. Llegué a donde Christopher, y él estaba feliz de verme. Christopher tenía una cortadura profunda en sus manos, pero nada preocupante. Afortunadamente, ninguno de los tripulantes había fallecido.

Esa noche no podía dormir. No paraba de pensar en esos piratas que había asesinado. Pero, si no lo hubiese hecho, yo estuviera muerta, y la señora Brodeu también. Me senté en la cama y las lágrimas bajaron por mis mejillas. Christopher entró al cuarto.

-¿Carolyn?

Yo sequé mis lágrimas -Christopher, hola. Estoy bien, tranquilo. Regresa a tu habitación, debes estar cansado.

Christopher frunció el ceño y se sentó en mi cama -¿Por qué lloras?

-Maté a dos personas, Christopher. Nunca había hecho algo tan atroz como eso. Estoy, estoy muy arrepentida. No quiero ser una asesina como Luther, no quiero.

Christopher tomó mis mejillas y me obligó a mirarlo. Él estaba enfadado - Carolyn, jamás, y te repito, jamás, vuelvas a compararte con Luther. Tú no eres una asesina, tuviste que matarlos o de lo contrario ibas a morir. Y salvaste la vida de la señora Brodeu. Si no lo hubieses hecho, ella estaría muerta. Hazme el favor, y no vuelvas a compararte con él, por favor. ¿Lo prometes?

Asentí con la cabeza -Lo prometo, Christopher.

Él sonrió -Muy bien -dijo y se paró de la cama. Caminó hacia la puerta y se volteó hacia mí- Descansa, Carolyn. Y...tranquila -dijo y cerró la puerta.

Me acomodé en la cama y traté de no pensar en los piratas. Entonces, pude dormir.

Dos semanas después, regresamos a Nueva York. Pierre nos regresó a Lexington y Joan no estaba en la casa. Aprovechamos la ocasión para lavar nuestra ropa, la cual estaba ensangrentada. Era imposible quitarle las manchas a algunas piezas, y nos vimos obligados a descartarlas. Joan regresó y nos contó que había sido la comadrona y ayudó en el parto de una señora en Concord. Nos pidió que fuéramos al bosque y que trajéramos liebres para ella poder cocinar en la semana. Esperé afuera por Christopher, y él salió, pero no tenía su rifle.

-Olvidas tu rifle de cacería, Christopher.

Él sonrió -Hoy no cazaremos con el rifle, Carolyn -dijo y me enseñó su nuevo juguete-Usaremos el arco y las flechas.

Yo empecé a reír -Bueno, vámonos a buscar esas liebres, Artemis.

-¿Artemis? -Christopher preguntó confundido.

Artemis. Diosa griega de la cacería. Había leído sobre ella en uno de mis libros. Usaba su icónico arco y flecha y a Christopher le surgió un interés por ella. Estaba muy emocionado y comenzó a preguntarme sobre la mitología, sus dioses y sus criaturas. Después de horas de búsqueda, y horas hablando sobre la mitología griega, hallamos una liebre. Christopher le apuntó con la flecha y disparó. La flecha atravesó la cabeza del animalito y corrimos hacia él.

-Pobrecito-dije.

Christopher me entregó su cuchillo -Toma, quítale la piel.

Yo tomé el cuchillo y lo miré -¿Por qué yo?

Christopher sonrió -Yo siempre soy quien les quito la piel, estoy cansado.

Hazlo tú.

Yo viré los ojos y apuñalé al animal. Lo abrí en dos y empecé a sacarle los órganos. Era asqueroso y mis manos estaban llenas de sangre. Christopher se reía de mis gestos faciales -Deja de reírte.

Christopher no paraba de reír -Entonces deja de hacer esas muecas.

Logré quitarle la piel y sacar lo que se podía comer. Coloqué todo dentro de un bolso y lo colgué de mi hombro. Fuimos al río para que me pudiera lavar las manos, pero seguían oliendo a sangre. Después de otro buen rato, encontramos a la segunda liebre. Nos escondimos detrás de un arbusto y Christopher le apuntó. Le dije que quería intentarlo y él asintió y me entregó el arco. Imité los movimientos de Christopher y le apunté a la liebre. Christopher levantó un poco mi codo, y eso mejoró mi puntería -Así está mejor. Ahora, suelta la flecha -dijo. Y eso hice, solté la flecha y atravesó la liebre por el medio. Fue muy emocionante haber matado la liebre.

Le devolví el arco y ambos corrimos hacia nuestra presa. Me arrodillé frente a la liebre muerta. Christopher se arrodilló a mi lado y lo escuché boquear.

-Carolyn, quédate quieta.

-¿Qué pasó? -dije y levanté mi mirada. Me espanté al ver como un oso hambriento, y enojado, estaba parado frente a nosotros.

Christopher tomó mi brazo y suavemente me ayudó a levantarme -Carolyn, corre -dijo. En ese momento, el oso rugió -¡Corre! -gritó Christopher y ambos salimos corriendo.

Corrí sin parar. Volteé mi mirada y vi como el oso corría detrás de nosotros. Christopher me alcanzó y me tomó de la mano. Vimos un árbol -¡Sube, rápido! -gritó Christopher. Subí por el tronco y ayudé a Christopher a treparlo. El oso casi mordía su pie. Ambos nos sentamos en la rama, tratando de recuperar el aliento. El oso nos miraba y rugía hacia nosotros.

-¿Nos alcanzará? -pregunté agitada.

Christopher negó con su cabeza -No lo creo -dijo y comenzó a caminar por la rama.

Miré al oso y caminé detrás de Christopher. Al parecer, el oso se había cansado de perseguirnos y se alejó de nosotros. Estaba oscureciendo, estaba cansada de caminar por las ramas y me senté. En ese momento, Christopher se sintió un poco ansioso y me pidió que escuchara. Empecé a escuchar con atención, y se escuchaba el sonido de un tambor. Eso solo significaba una cosa.

-Casacas rojas -dije.

Christopher se volteó -Y se están acercando -dijo y me tomó la mano.

Ambos corrimos y nos metimos dentro de un arbusto. El tambor todavía se podía escuchar. Estaba muy nerviosa y tenía miedo de que las casacas nos encontraran. Mi respiración se escuchaba; estaba muy agitada. Christopher cubrió mi boca con su mano, susurrando que me tranquilizara. Escuchamos los pasos de las casacas y de momento, no se escuchó nada. Christopher y yo no podíamos ver por el arbusto, pero parecía que las casacas se habían detenido frente a nosotros. Cuidadosamente, Christopher sacó su cuchillo y lo apretó. Nada se escuchaba, todo era silencio.

De pronto, la punta de una espada fue clavada en el brazo de Christopher. Grité del susto y él gritó de dolor. En ese momento, Christopher fue sacado del arbusto -Vaya, ¿qué tenemos aquí? -dijo un casaca. Yo salí del arbusto y las casacas me tomaron de los brazos. Christopher estaba tomado de los brazos; se veía mareado y su rostro se estremecía por el dolor.

El oficial se acercó a mí -¿Qué hace un par de jovencitos fuera de su casa a esta hora? Andar por el bosque es algo muy peligroso...y no está permitido.

Yo fruncí mi ceño -Escuche 'oficial', déjenos ir y regresaremos a nuestra casa.

El oficial sonrió siniestramente -¿Dejarlos ir? Al único lugar al que van a ir es a la cárcel.

En ese instante, los soldados nos tiraron al suelo y trataban de amarrar

nuestros brazos a la espalda. Christopher desarmó a uno de los soldados y con la espada, le cortó el cuello. Los que me estaban aguantando se distrajeron y logré soltarme. A uno le rasgué los ojos con mis uñas y éste se cubrió los ojos mientras gritaba del dolor. El otro trató de golpearme, pero yo evadí el golpe y logré doblarle el brazo. El soldado gritó, y lo pateé en la pierna y lo hice caer. Vi una pistola en su correa, y rápidamente la tomé y tiré del gatillo. El disparo le dio en la pierna y volteeé hacia Christopher.

Christopher, a pesar de tener su brazo lastimado, estaba peleando con otro soldado. El oficial estaba apuntando su pistola hacia Christopher -¡Christopher, cuidado! -grité. Christopher miró al oficial y tomó al soldado con el que estaba peleando como escudo. El oficial disparó y el disparo le dio al soldado. Busqué el mosquete del soldado caído y salí corriendo hacia el oficial. Con la navaja que tenía el mosquete, apuñalé al oficial en el estómago. La sangre salía por su boca y gemía de dolor. Solté el mosquete y corrí hacia Christopher, quien estaba arrodillado en el suelo con la mano en la herida de su brazo. La sangre bajaba entre sus dedos. Me acerqué a él y él colgó su brazo ileso en mi hombro. Le ayudé a levantarse y nos alejamos del lugar -Vamos a llegar a casa, Christopher. Quédate conmigo -dije.

Después de unos minutos, llegamos a Lexington. Abrí la puerta y senté a Christopher en el sofá. Él inhalaba y exhalaba, su rostro no podía disimular lo adolorido que estaba. La espada no había atravesado el brazo, pero la herida era muy profunda y no dejaba de sangrar. Fue en ese momento en el que me di cuenta de que no sabía cómo iba a ayudar a Christopher. Aún peor, Joan no estaba en la casa. Los ojos de Christopher estaban cerrados, y le di una delicada palmada en su mejilla.

-Christopher, no te vayas. Escucha, no sé qué hacer, no soy enfermera. Christopher, habla.

Christopher gimió y abrió sus ojos lentamente -En el cuarto de mamá, hay una caja, trae esa caja, tráela rápido -dijo en voz baja.

Subí las escaleras corriendo y entré al cuarto de Joan. Busqué la caja alrededor del cuarto, y la encontré debajo de la cama. La tomé y bajé a la sala. Christopher estaba cubriendo la herida con su mano, la cual estaba ensangrentada -Aquí estoy,

Christopher, aquí estoy -dije y abrí la caja. Era la caja de suministros médicos de Joan.

-Debe haber una toalla. Úsala para hacer presión en la herida -explicó Christopher.

Tomé la toalla e hice presión en la herida de Christopher. Dejó salir un fuerte grito de dolor

-Perdón, perdón -dije.

Minutos después, Joan entró corriendo a la casa y nos vio en la sala -Dios mío, Christopher -dijo y se acercó. Comenzó a buscar en la caja de suministros- ¿Qué demonios pasó?

Christopher tragó y exhaló -Casacas rojas, eso fue lo que pasó.

-Tranquilo hijo, te curaré, tranquilo -dijo Joan y se volteó hacia mí- Me ayudarás con esto- dijo y yo asentí con la cabeza. Joan limpió la herida con alcohol y a Christopher le quemó mucho. Luego de limpiar la herida y detener el sangrado, Joan sacó de la caja una aguja y un hilo.

Christopher se volteó a ella en pánico -Mamá...

-Christopher, tengo que hacerlo, es la única forma en la que la herida se cerrará.

Él negó con la cabeza -Mamá, te lo suplico, no lo hagas, por favor.

-¿Qué le harás? -pregunté.

Joan exhaló y me miró -Voy a coser la herida -dijo y miró a Christopher- No te muevas.

Yo estaba sorprendida. Jamás había visto a Christopher tan asustado. Ya él no lloraba por el dolor, sino por el temor que tenía. Además, yo desconocía que a las personas las cosían como si fuesen piezas de tela. Joan amarró el hilo a la aguja -Ahí voy, Christopher. -dijo. Abracé a Christopher y él se recostó de mi pecho. Cerró sus ojos y Joan comenzó a coser la herida. Christopher temblaba y

apretaba sus dientes. Él tomó mi mano y la apretó -Aguanta, aguanta -le susurré. Vi cómo Joan cosía la herida, como el hilo pasaba de un lado al otro, y como la herida se cerraba. Después de tormentosos minutos, la herida de Christopher ya estaba cosida. Joan lo premió con un plato de estofado de carne, el plato favorito de Christopher.

Nos sentamos juntos en la mesa a cenar y le contamos a Joan lo que había sucedido con las casacas rojas. Luego ella preguntó sobre nuestro viaje al viñedo de Marta y nos felicitó por haber ayudado a defender el Fénix de un ataque pirata. La herida de Christopher estaba cubierta con un vendaje y Joan explicó que en poco tiempo, los hilos se podían cortar. Terminamos de cenar, y Joan acomodó a Christopher en la cama, de forma en que el brazo no le molestara. Yo los observaba desde la puerta y sonreí. Recordaba cuando Joan comparaba a su hijo con Luther, pero, a pesar de a veces insultarlo y discutir con él, ella amaba a su hijo. Después salió del cuarto y me miró. Me ordenó que me fuera a dormir, y yo obedecí.

CAPÍTULO XI

-Carolyn, despierta -la voz dijo mientras me daban palmadas en el brazo.

Desperté y rasqué mis ojos. Miré, y Christopher estaba ahí con un plato. Le sonreí -Hola Christopher -dije y bostecé.

Él rió tontamente -Al parecer estabas muy cansada anoche.

-¿Y eso por qué?

-Es más de mediodía.

Puse mi mano en mi frente -Perdí mi tiempo acostada en una cama, por Dios -susurré- ¿Cómo está tu brazo?

-Me molesta, pero sobreviviré. Ten, te traje desayuno, quise decir, almuerzo -dijo y me entregó el plato.

Miré el plato, y era papas con vegetales -Gracias, Christopher -dije y comí los vegetales.

Christopher y buscó una taza que estaba sobre la mesa de noche- Y toma tu

jugo de limón -dijo.

Miré el vaso con asco -Gracias, Christopher -dije con disgusto.

Christopher rió y se fue de la habitación. Miré la taza con el jugo y me levanté de mi cama. Me acerqué a la ventana de la habitación, la abrí, y vacié la taza. Bajé a la cocina y Christopher no estaba ahí. En realidad, no había nadie. Levanté mi ceja y decidí salir de la casa. Me preguntaba en dónde estaban. Caminé por la calle y miré a mi alrededor. Lo mismo de siempre. Personas caminando, hombres ebrios en la entrada de la taberna, carretas transportando personas de una ciudad a otra, niños jugando, granjeros trabajando en sus fincas, lo usual. Como estaba aburrida y no encontraba a Christopher, decidí ir a la taberna y tomar una cerveza. Al entrar, había música y personas bailando. También había casacas rojas, así que tomé precaución. En una de las mesas, estaba sentado Christopher y me senté junto a él.

-Creí que te ibas a quedar en casa -dijo.

-Quise salir. ¿Qué haces aquí? -pregunté mientras preparaba el juego de damas que había en la mesa.

-Perdiendo mi tiempo. No puedo hacer nada mientras tengo el brazo cosido como una muñeca de trapo.

Yo reí -Bueno...puedes jugar un partido de damas conmigo.

-¡Já! ¿Estás segura de esto? Soy muy bueno jugando damas.

Sonreí confiada -Eso lo veremos -dije y comenzamos a jugar.

La competencia fue muy fuerte. Christopher era muy bueno, y me ganó varias veces. Pero hubo ocasiones en las que su confianza lo había traicionado, y yo salía victoriosa. Así pasamos la semana en la que Christopher se recuperaba de su brazo apuñalado. Jugar damas, o la fanorona, conversar y caminar por Lexington. Hubo un día en el que se antojó de enseñarme a correr su caballo, el cual llamó Pegaso, como la criatura mitológica. Me subí al equino y Christopher me mostraba como guiarlo. Era placentero montar a Pegaso; era un equino muy obediente.

Pasó el tiempo, y el día que Christopher esperaba con ansias había llegado. Iban a cortar los puntos de su herida. Ese día yo había despertado más temprano que él. Joan leía el periódico y Christopher bajó las escaleras. Estaba muy emocionado. Sin embargo, Joan le dijo que ella desconocía cómo cortar los puntos y que debía ir donde el doctor para que lo hiciera. Por supuesto, eso decepcionó a Christopher. Minutos después, íbamos de camino a Boston. Llegamos, dejamos a Pegaso en el establo y fuimos a la oficina del doctor. El doctor recibió a Christopher muy amablemente y lo sentó en una silla. Yo me mantuve parada a su lado y vi como el doctor sacaba una tijera pequeña. Con una pinza, el doctor levantó el nudo de la herida. Delicadamente, comenzó a contar los hilos, y minutos después, los puntos ya no estaban. El brazo de Christopher estaba curado, aunque le quedó una cicatriz un poco grotesca. A él le dio hambre y decidimos ir a la taberna del Dragón Verde. Ahí, Annie me recibió, y no se había olvidado de mí. Estaba muy feliz de verme y conversamos antes de que ella nos sirviera el almuerzo. Luego, Christopher y yo nos sentamos a comer, y vi a una mujer que se dirigía a la puerta. Llevaba una prenda en su cuello, una prenda demasiado familiar. La mujer salió de la taberna y Christopher se dio cuenta de que yo la estaba observando.

-Carolyn, ¿qué pasa? -preguntó.

Me levanté de la mesa -Tengo que salir un momento, ¿puedes esperarme aquí?

Christopher asintió -Claro, claro. Pero ten mucho cuidado.

Salí de la taberna y perseguí a la mujer. Ella llegó a su casa, un edificio de dos pisos, parecido a mi casa en Inglaterra. Definitivamente, ella era una persona adinerada, no como las otras personas que eran rodeadas por la pobreza. Me acerqué a la puerta y la toqué. Nadie respondió, y la puerta no tenía seguro. Así que entré a la casa. Caminé lentamente y escuché a la mujer en la cocina. Al entrar, la vi de espalda, con un plato en la mano.

-¿Teresa Smyth? -dije. La mujer se espantó y dejó caer el plato. Este se hizo pedazos y ella se volteó. Mis ojos no me engañaban; ella llevaba el collar de mi mamá, el collar que Luther me había robado.

-¿Quién eres? -dijo con voz temblorosa.

-¿Eres Teresa Smyth?

-Sí... ¿Qué quieres? ¿Eres una ladrona? -preguntó Teresa.

-No. Vengo a pedirte amablemente que me devuelvas lo que me pertenece, ese collar.

Teresa se quitó el collar y se le quedó mirando -Esto no te pertenece -dijo y frunció el ceño y se lo colocó en su cuello- fue un regalo de mi esposo.

-¿Un regalo de Luther Smyth, verdad? Ese desgraciado me lo robó, y lo quiero devuelta.

-¡Luther no es un ladrón! ¡Es un buen hombre! -gritó.

-Escucha, ese collar es muy importante para mí, y soy capaz de hacer lo que sea por recuperarlo. No te lo volveré a repetir. ¡Entrégamelo!

Teresa frunció el ceño, y su expresión de miedo había desaparecido de su rostro. Caminó hacia la mesa, y tomó un cuchillo. Colocó el collar sobre la mesa y aguantó la navaja con sus dos manos -Ven por él entonces -dijo Teresa.

Fruncí el ceño y poco a poco me acerqué a ella -Acércate, te voy a hacer pedazos. ¿Crees que no sé defenderme? -decía ella. En ese momento, Teresa me atacó y mientras yo evadía el golpe, me cortó en la mano. Le di una patada en la rodilla y ella cayó arrodillada en el suelo. Pisé su mano para que soltara el cuchillo y luego la golpeé en la quijada. Teresa estaba un poco mareada, y me dirigí a tomar el collar de la mesa. Pero, Teresa se levantó y me agarró el pelo. Entonces, me golpeó contra la mesa y yo caí al piso. Ella sonrió confiada, tomó el collar y subió las escaleras.

Toqué mi frente, y miré mis dedos. Estaba sangrando por mi frente. Limpié mi sangre y me di cuenta de que la estúpida de Teresa había dejado el cuchillo en el suelo. En ese momento, me arrastré hacia el cuchillo y lo tomé. Recuperé mi aliento y subí las escaleras. Al llegar al segundo piso, busqué a Teresa por las habitaciones. Entré a una habitación, que parecía ser el cuarto donde ella

dormía. Miré alrededor, y escuché un arma cargada. Al voltearme, Teresa me apuntaba con una pistola. Justo cuando ella disparó, salté fuera del camino, y la bala le dio a la cama. Teresa me golpeó con la pistola en la cara y el golpe fue tan fuerte que caí al suelo y solté el cuchillo. Estaba desorientada, solo veía a Teresa acercándose a mí, mientras cargaba a pistola. Ella sonrió.

-Creo que ya te recuerdo. ¿Eres Carolyn, verdad? La niña que Luther trajo de Inglaterra. Él me habló muy bien de ti, pero hoy me mostraste tu verdadero rostro -recitó. Teresa se sentó sobre mí y me golpeó otra vez con la pistola. Yo trataba de recuperar la vista, y Teresa continuaba hablando -Una vez te vuele la cabeza, te cortaré en pequeños pedazos, e iré a tirárselos a los lobos del bosque y...

En ese momento, le escupí en la cara. Mi saliva cayó directamente en sus ojos, y ella se distrajo tratando de limpiarse. Ahí fue cuando pude quitármela de encima. Ella había soltado la pistola y yo la tomé. Teresa se arrastró hacia el cuchillo que yo había soltado, y justo cuando me iba a acuchillar por la espalda, yo me volteé y le disparé en la cabeza. La sangre de Teresa cayó sobre mi rostro y ropa. Su cuerpo sin vida cayó al piso, y la sangre comenzaba a mancharlo. Mis manos temblaron y dejé caer la pistola al piso. Cubrí mi boca y me levanté. Vi el collar sobre una mesa que tenía una lámpara de aceite. Caminando a paso lento me acerqué a ella. Cuando miré de cerca, el collar estaba hecho pedazos. La cadena estaba rota y las piedras marchitadas. Las toqué y exhalé decepcionada. Entonces, escuché unos pasos.

-¡Teresa! -gritó Luther. Al voltearme, vi a Luther arrodillado y sollozando, abrazando el cuerpo de su fallecida esposa. Lo miré con mis ojos llenos de lágrimas, y salí de la casa.

Tomé atajos para llegar hasta la taberna en la que estaba Christopher, y entré al lugar. Todos se me quedaron mirando, asustados, sorprendidos. Christopher me vio y corrió hacia mí -¡Carolyn! ¿Carolyn, qué pasó?

-La maté, Christopher, está muerta -dije y lo miré -Teresa está muerta.

Los ojos de Christopher se llenaron de lágrimas -Carolyn...no... ¿por qué lo hiciste?

Exhalé -Fue por -sequé mis lágrimas y tomé sus manos- Escucha, las casacas van a venir por mí. No quiero que te involucres en esto, tienes que irte. Tienes que irte ahora.

-No me iré, me quedaré aquí, junto a ti. Por eso soy tu amigo -dijo y apretó mis manos.

-Christopher, vete por favor -dije entre lágrimas.

Christopher me tomó las mejillas y me forzó a mirarlo -Escucha, no quiero que vayas a prisión, ¿me entiendes? No me dejes solo.

Las casacas rojas entraron al lugar y nos vieron -Ahí está. Carolyn Andrews, estás arrestada por el asesinato de Teresa Smyth -dijo una de las casacas. Christopher tomó mi mano y caminamos de espalda; se negaba a entregarme. Las casacas intentaron convencerlo, pero Christopher se negó y salimos corriendo por la puerta trasera de la taberna. Christopher y yo corrimos por los callejones, y había escuadrones de casacas rojas obstaculizando las salidas. Luego de correr tanto, logramos llegar al establo donde estaba Pegaso. Subimos al equino, y cabalgamos de vuelta a Lexington. Las casacas rojas nos habían dejado de perseguir. Pero yo presentía que lo peor estaba por venir.

CAPÍTULO XII

Cuando llegamos a la casa, ya era de noche. Al entrar, Joan se volteó y se cubrió la boca. Corrió hacia mí y me aguantó los brazos -Carolyn, ¿qué te pasó? ¿Estás herida? -preguntó.

Exhalé -No. Estoy bien...esta no es mi sangre -dije sin ánimo.

Joan soltó mis brazos y dio un paso hacia atrás -¿Qué...qué quieres decir?

-Asesiné a Teresa Smyth.

Joan empezó a temblar -No...¿por qué lo hiciste? Luther te va a matar.

Christopher intervino en la conversación -Mamá, basta.

Joan frunció el ceño -¡No! Quiero que se vaya. Quiero que se largue. Luther vendrá aquí y sabe Dios lo que pueda suceder.

Christopher estaba agitado -Ella no se irá. No tiene a nadie.

-Christopher, Joan tiene razón. Luther vendrá, tengo que irme -dije.

Joan se calmó y tomó un respiro -Mañana, cuando el sol salga y yo despierte, será mejor que no estés aquí, Carolyn. Estás advertida -dijo y salió de la casa.

Subí al cuarto de Joan y me cambié de ropa. Iba a comenzar a empacar mis cosas para irme al amanecer, pero recordé que no tenía nada. Estaba muy asustada, nerviosa, ansiosa. No tenía idea de a dónde ir. Me senté en el suelo y lloré, y fue en ese momento cuando Christopher entró a al cuarto. Me vio llorando y se acercó a mí. Se arrodilló y me abrazó.

-Tengo miedo -sollocé.

-No tengas miedo, yo me iré contigo -dijo Christopher y secó mis lágrimas. Me miró fijamente- ¿Escuchaste? Nos iremos juntos.

Yo negué con mi cabeza -Tienes que quedarte aquí. Tu madre tiene razón, y ella me pide que me vaya solamente porque quiere protegerte. No quiero que vayas conmigo, ella no merece quedarse sola.

-No mereces esto, Carolyn.

-Sí lo merezco. Todo lo que me ha pasado me lo merezco, nunca debí salir de mi casa. Nunca debí haber subido a ese barco, nunca debí haber venido aquí. Este es mi castigo.

-No digas eso, por favor -dijo Christopher mientras me abrazaba.

Aún no madrugaba, y no había dormido nada. Estaba en el cuarto de Joan, acostada en la cama, esperando. En ese momento, escuché a alguien tocar la puerta de la sala muy fuerte. Me asusté mucho y salí de mi habitación. Me asomé por las escaleras, y Joan se acercó a abrir la puerta. Un escuadrón de casacas rojas estaba afuera y entró a la casa. Luther estaba allí y empujó a Joan. En ese momento, Christopher salió de su cuarto. Yo estaba muy nerviosa.

-Christopher, están aquí. Luther está aquí -dijo con voz temblorosa.

-Escucha, escóndete, y pase lo que pase, no salgas de ahí hasta que yo te diga -dijo y bajó las escaleras.

Iba a esconderme, pero decidí quedarme asomada para escuchar. Luther estaba muy molesto -¿Dónde está? -preguntó.

Joan se paró del piso y tragó nerviosa -Ella...

Christopher llegó a la sala -Ella no está aquí.

Luther frunció el ceño -Christopher, han pasado años. Qué mucho has crecido, hijo mío.

-No sabemos dónde está, ahora vete de nuestra casa -dijo Christopher.

-¿De verdad? Mi escuadrón dijo que estabas con ella. Dijeron que tú la ayudaste a escapar.

-Es mentira. ¡Ahora lárgate! -gritó Christopher.

En ese momento, Luther sacó su pistola y le apuntó a Christopher -No me alces la voz, Christopher. Sabes que nunca en la vida te he tocado y que soy incapaz de lastimarte -dijo y le apuntó a Joan- pero sí soy capaz de lastimarla a ella.

Joan se asustó y Christopher se paró frente a ella -Sobre mi cadáver.

-¿Estás dispuesto a morir por Carolyn? Muy bien, que así sea -dijo Luther y colocó su dedo en el gatillo.

En ese momento, corrí por las escaleras -¡No dispaes! -grité. Dos casacas rojas corrieron hacia mí y me tomaron de los brazos. Luther se volteó lentamente hacia mí y sonrió siniestramente. Dio un paso hacia el frente.

Christopher se acercó a él -¡No te atrevas a tocarla! -dijo y tocó el hombro de Luther. Luther se volteó y lo golpeó a él con la pistola. Christopher cayó al suelo de rodillas, y Joan corrió hacia él. Ella se arrodilló frente a su hijo para abrazarlo y protegerlo. Comencé a sacudirme, en un intento por que los guardias me soltaran.

-¡Eres un desgraciado maldito! -grité y Luther me dio una cachetada.

-¡Cállate! Pronto vendrá tu turno -dijo Luther y se volteó a sus otros compatriotas, quienes aguantaban sus mosquetes- Llévenla al carruaje, átenla de manos y pies, y hagan lo que sea para que no haga mucho ruido.

Los soldados asintieron con la cabeza y me arrastraron hacia la salida. Christopher me miró fijamente y negaba con su cabeza. En ese momento, se soltó de Joan y corrió hacia mí. Los soldados lo aguantaron mientras él le suplicaba a Luther que no me llevara. Me sacaron de la casa, y me arrastraron hacia el carruaje. Me lanzaron dentro de él y ataron mis manos y pies. Mi boca fue atada con un pañuelo. Estuve ahí dentro sin poder moverme. Los soldados me observaban, como un lobo observando a su presa. Minutos después, Luther llegó. Sus ojos estaban llorosos, pero en ellos, se veía furia, coraje. Cerró su puño y me golpeó fuertemente en la quijada. Ahí fue cuando dejé de escuchar los gritos de Christopher.

CAPÍTULO XIII

Horas después, el carruaje se detuvo. Las puertas se abrieron, y me lanzaron al suelo. Me obligaron a caminar con mis pies atados; el camino era rocoso, con piedras pequeñas que hincaban mis pies. No podía ver nada y escuché la voz de Luther -Llévenla al cuarto, yo me encargo del resto -dijo. Escuché una puerta rechinar y fui tirada al suelo y la puerta fue cerrada. Me arrastré como gusano alrededor del cuarto, olía muy mal en el lugar; olía a ratas, a muerte. La puerta se abrió otra vez y la lanzaron muy fuerte. Ahí escuché que le había colocado seguro. De forma inesperada, me tomaron del pelo y me acostaron bruscamente sobre una mesa. La mesa estaba sucia, y sentía algo pegajoso en mi espalda. El pañuelo que cubría mis ojos fue removido, y una espeluznante mirada de Luther yacía frente a mí. Estaba agitada, al igual que él, y me golpeó en el estómago.

-¿Por qué la asesinaste? -preguntó. Él me golpeó otra vez en la cara -¿Por qué la asesinaste?! ¿Lo hiciste para recuperar tu maldito collar?! -gritó y me golpeó de nuevo.

Escupí sangre, y fruncí mi ceño -¡No quería hacerlo! ¡Fue un accidente!

Luther apretó sus dientes y me golpeó otra vez. El golpe fue tan fuerte que caí al piso y rodé. Él se acercó a mí y me haló el pelo -Teresa y yo nos mudaríamos a Inglaterra, formaríamos una familia...y tú arruinaste todo! -dijo y golpeó mi

cabeza contra el piso.

-Ella iba a asesinarme- dije y gemí al sentir la rodilla de Luther en mi espalda.

-¡Cállate! -dijo otra vez y me tomó del cuello y me forzó a mirarlo- Voy a asegurarme de verte morir, espero que tus compañeros de la prisión se diviertan contigo, voy a hacer todo lo que esté a mi alcance, para verte colgando de una soga frente a un público que se alegrará de ver la luz irse de tus ojos -dijo y me soltó.

Estaba adolorida en todo el cuerpo y me retorció del dolor en mis huesos. Luther abrió la puerta y se retiró. Dos casacas rojas entraron al cuarto y me tomaron de los brazos. Me quitaron mi vestido y este fue reemplazado por una camisa amarillenta que me quedaba grande y un pantalón corto color azul. Ataron mis manos. Bajamos por unas escaleras y los pasillos eran alumbrados por lámparas de aceite. Minutos después, llegamos a las celdas. Los prisioneros que estaban allí se sorprendieron al verme. Unos me silbaron, otros lanzaron piropos, pero uno con un ojo de cristal se me quedó mirando. El hombre me miraba serio, preocupado. Eso me hizo sentir más nerviosa. Nos detuvimos frente a una celda vacía, un soldado abrió la puerta y me empujaron. Me encerraron y se me quedaron mirando. Fruncí mi ceño y los miré de una forma que si las miradas mataran, ellos estarían bajo tierra.

Pasé mis manos entre las barras y el soldado cortó la soga que me ataba. En ese momento, agarré el cuello de su camisa y lo halé. La frente del soldado chocó contra la puerta de la celda y traté de tomar el cuchillo. Pero la otra casaca roja pisó mi mano y no pude recuperarlo. El soldado que había golpeado acarició su frente -Dile a los demás que se cuiden de esta chica. No debemos subestimarla - dijo y ambos se alejaron.

Me volteé a observar la celda. Una cama en el suelo. Un balde en la esquina con los desechos del prisionero que estaba antes. La luz de la luna entraba por la ventana. Me asomé por ahí, y se veía la ciudad. No tenía idea de donde estaba, no sabía lo que iba a pasar. Pensé en Christopher y me senté en la cama. Abracé mis rodillas y recosté mi rostro. Comencé a llorar; tenía mucho miedo. En mi mente, solo veía el rostro lloroso de Christopher. Me preguntaba si Luther le

haría daño a Christopher, si era capaz de matar a su propio hijo. Estaba muy preocupada por él.

A la mañana siguiente, escuché la puerta de mi celda. Me senté en mi cama y un soldado me esperaba. Fruncí mi ceño. Le pregunté a dónde me llevaba y él no respondió. Un poco temerosa, caminé hacia el soldado y él prometió que no me haría daño. Yo no confiaba, pero una vez salí de la celda al pasillo, permanecí intocable. El soldado me ordenó a bajar las escaleras y así lo hice. Vi que todos los prisioneros estaban fuera de sus celdas, conversando uno con el otro. Llegué al primer piso, donde muchos prisioneros estaban reunidos. El soldado frunció el ceño -Ten mucho cuidado, estos hombres no están acostumbrados a ver niñas como tú- explicó el soldado. Asentí con la cabeza; el soldado me trataba con una amabilidad que yo no esperaba. Caminé hacia el centro del área y los hombres se voltearon y empezaron a silbar.

-Vaya, después de todo, estar en prisión no es tan deprimente -dijo un prisionero mientras me miraba con lujuria.

-Déjeme en paz -dije seriamente.

Ese prisionero poco a poco se acercó a mí -Ven con nosotros, te vas a divertir -dijo y trató de tomar mi mano.

-¡Le dije que me dejara en paz! -grité.

El prisionero se molestó cuando le grité y trató de tomar mi mano forzosamente. En ese momento, otro prisionero llegó y lo empujó. Al ver bien, el prisionero que había llegado era el hombre con el ojo de cristal -La chica te dijo que la dejaras en paz, John -dijo.

-No te metas en esto, Walter -dijo el prisionero.

El prisionero tocó mi hombro y me hizo caminar -Vámonos de aquí -dijo.

Nos alejamos del grupo y nos sentamos en una mesa que tenía un juego de damas sobre ella. El hombre y yo nos miramos. Me sentía incómoda, ya que ver el ojo de cristal me daba escalofríos. Decidí iniciar la conversación.

-Gracias, señor Walter -dije.

-Jerrold Walter a tus órdenes. Solo son un grupo de imbéciles arrestados por pelear ebrios. ¿Y tú quién eres?

-Carolyn Andrews

-Es un nombre muy lindo -dijo Jerrold y tomó una pieza de damas -¿Quieres jugar?

Asentí con la cabeza. Jerrold tomó las piezas rojas y yo tomé las negras. Comenzamos el partido de juego. Jerrold me contó que estaba en la prisión Bridewell en Nueva York. Le conté que me habían encerrado por asesinato y él reaccionó sorprendido. A él lo habían encerrado por falsificar dinero, y lo justificó con que tenía que alimentar a su familia. Tenía una esposa y dos hijas; una de ellas tenía el cabello rojo como el mío. A lo mejor por eso me había defendido. Estuvimos jugando hasta que nos llamaron para regresar a nuestras celdas. El mismo soldado que me trató amablemente fue quien me regresó. Una vez él me encerró dentro mi celda, me le quedé mirando y se lo agradecí. El soldado sonrió e inclinó su cabeza. Luego de eso, se retiró. Aún me preguntaba cuáles eran sus intenciones.

CAPÍTULO XIV

Al día siguiente, ya estaba despierta. Estaba en mi cama jugando con mis manos. En ese momento, el soldado se paró frente a mi celda. Este traía un pedazo de pan y una carta.

-Toma. Tienes que comer algo -dijo.

Me acerqué tímida y él me entregó las cosas -Gracias por traerme algo de comer.

-De nada. La carta la trajo un muchacho llamado Pierre -explicó el soldado y se retiró.

El soldado se fue y yo regresé a la cama. El sobre de la carta estaba abierto. Posiblemente los otros guardias la revisaron antes de entregármela. Empecé a comer del pan y me senté a leer la carta.

“Carolyn, espero que estés bien. Le pedí a Pierre que te llevara esta carta. Papá me dijo que estabas en Bridewell. El muy desgraciado se atrevió a ir a mi casa. Te suplico que te cuides mucho allí, te extraño, espero que regreses pronto. Me siento muy solo. Por favor, escíbeme, necesito saber de ti. Te ama, Christopher.”

Exhalé y coloqué la carta dentro del sobre -Yo también te extraño, Christopher - dije melancólica. Doblé la carta y la escondí debajo de mi almohada. El soldado regresó y abrió la puerta de la celda y me ordenó a salir. Me acerqué a él, pero antes de pisar fuera de la celda, me detuve.

-¿Qué pasa? -preguntó el soldado.

-Quiero saber tu nombre -dije y crucé mis brazos.

-¿Mi nombre?

-Sí, tanta amabilidad me hace sospechar de usted. Así que diga su nombre o no saldré de la celda -dije mientras fruncía el ceño.

-Robinson. Y no sospeches de mí, te trato igual que a los demás prisioneros.

-Eso es muy raro en tu ejército.

-Hay soldados buenos y soldados malos, jovencita. Ahora, sal de ahí y baja al área común, rápido -ordenó Robinson.

Le hice caso y bajé al área común. Allí se encontraba Jerrold rodeado de otros de sus amigos prisioneros. Me acerqué a ellos y ellos se voltearon a mí. Ya sabían mi nombre y me senté a conversar con ellos. Estaban hablando de un prisionero que habían enviado al pozo porque había tratado de escapar. Pregunté qué era el pozo.

-Hay otra área de la prisión que se encuentra justo debajo de nosotros. Es donde los prisioneros más peligrosos son encerrados y torturados. Muchos evitan tratar de escapar por temor a ser encerrados ahí. Es un infierno -explicó Jerrold.

Luego de un rato, los prisioneros conversadores se alejaron. Jerrold y yo nos quedamos solos y le dije que tenía ganas de escapar. Él me preguntó por qué y solo le dije que extrañaba a alguien. Jerrold se paró de su silla y se dobló en el

suelo y me pidió que me acercara. Me acerqué a él y me doblé en el suelo. Usando la tierra que había en el piso, él empezó a dibujar con su dedo -Muy bien, este es el plan. Estoy un piso más arriba de tu celda, así que tienes que mirar arriba para que veas mi señal. Por tu pasillo pasa un soldado que es muy amable, un tal Robinson. Usa su amabilidad en su contra y convéncelo para que abra tu celda. Toma sus llaves, y abre las celdas de los otros prisioneros. Eso formará un motín, y los soldados alrededor de la prisión serán llamados para que atiendan la situación. Te dirigirás por este pasillo y correrás hacia la entrada principal. Una vez salgas de la prisión, robarás un caballo de los soldados y te vas de aquí. ¿Alguna pregunta? -culminó.

-¿Qué pasará contigo? -dije.

-No tengo razón para escapar. Mi familia está muerta. Lo mejor que puedo hacer es ayudarte a escapar -explicó.

Me volteé y vi a John. Él sonrió siniestramente y frunció mi ceño. Me pregunté si nos había escuchado a Jerrold y a mí. Si fue así, estábamos en graves problemas.

A la mañana siguiente, otro soldado, que no era Robinson, se detuvo frente a mi celda y la golpeó. Le cuestioné al soldado y explicó que Robinson había sido enviado a otra prisión y que ya ellos conocían sobre mi plan de escape. Me enfurecí y miré hacia arriba. Jerrold también estaba encerrado en su celda. El plan había sido descubierto, y yo sabía quién era el culpable, el desgraciado de John. Durante los próximos, cinco días más o menos, permanecí encerrada dentro de mi celda. No podía salir, casi no me traían de comer. Solo permanecía sentada en mi cama, aburrida y muerta de hambre. Luego de esos días, el soldado arrogante llegó a mi celda nuevamente y tiró la carta dentro de la celda. Recogí la carta y me senté a leerla.

“Carolyn, ¿por qué no me escribes? ¿Te encuentras bien? Estoy muy preocupado por ti. Por favor, escíbeme. Te ama, Christopher.”

Me recosté en la pared y me deslicé hasta sentarme en el suelo. Pensé en que yo no estaba bien y que no podía responderle. Sollocé mientras abrazaba la carta. Permanecí una semana más encerrada. La comida que me traían era poca. Ya estaba cansada de todo. Ya era hora de salir de esa maldita prisión.

CAPÍTULO XV

Había pasado dos semanas encerrada en Bridewell. Ya había oscurecido y todo estaba tranquilo en la prisión. El soldado arrogante caminaba por los pasillos, vigilando que todo estuviera bien. Se detuvo frente a mi celda y se me quedó mirando.

-¿Y tú que me ves? -dijo de mala manera.

-Que deberías comer menos -dije y crucé mis brazos- ¿Por qué no compartes algo de tu comida conmigo? Tengo mucha hambre.

-¿Tienes hambre? Pues come de lo que está dentro de ese cubo -dijo y rió burlonamente.

Me acerqué al cubo. Bueno, ese cubo era el que yo utilizaba para depositar mis 'desechos'. Fruncí mi ceño y miré al soldado. Levanté el balde y me acerqué a él.

-No me digas, ¿en realidad te lo vas comer? -dijo el imbécil.

Negué con mi cabeza -No, ya no tengo hambre -dije y lo miré- ¿Por qué no comes tú?

En ese momento, lancé el cubo sobre él, y el soldado se ensució con mis desechos. El mal olor era insoportable y el soldado estaba naturalmente disgustado -Vaya, deberías limpiarte, cerdo -dije y comencé a reír.

-Eres una desgraciada -dijo el hombre y sacó sus llaves para abrir la celda.

Esa era mi oportunidad para escapar. El soldado abrió mi celda y al entrar lo golpeé con el cubo y luego en la entrepierna. Corrí al lugar donde dormía y tomé la almohada. Justo cuando el soldado se iba a levantar, le di con la palma de mi mano en la garganta y lo asfixié con la almohada. Mi corazón latía rápidamente y escuché a otras de las casacas rojas. Exhalé y tomé las llaves del bolsillo del soldado y lo encerré dentro de la celda. Escuché a los soldados subir por las escaleras. Se dieron cuenta de lo que había sucedido. Estaba escondida detrás de una columna y me asomé a ver. Los soldados entraron a mi celda y vieron que el hombre estaba muerto. Los soldados se separaron y comenzaron a buscarme. Empecé a abrir las celdas de los otros prisioneros. Ellos empezaron a correr por los pasillos dirigiéndose a las casacas y comenzaron a golpearlos. El plan estaba funcionando, y luego de unos minutos, más de veinte prisioneros habían sido liberados. Los soldados estaban distraídos atendiendo el motín y llamando a los refuerzos. Antes de irme del área de las celdas, miré hacia la celda de Jerrold, quien estaba sonriéndome.

Sonreí confiada y me dirigí hacia la entrada principal corriendo por el pasillo. Pero, me encontré frente a frente con un par de guardias y me persiguieron. Corrí hacia la puerta principal y justo cuando iba tomar el pomo, fui golpeada con un mosquete en el rostro. Caí sentada al piso y me sentí mareada. Toqué mi cara, y mi nariz estaba sangrando. Al levantar mi mirada, estaba rodeada por el par de casacas rojas que me estaba persiguiendo. Uno de ellos me sonrió y me golpeó tan fuerte que quedé inconsciente.

Abrí mis ojos y estaba dentro de una celda. Esta vez, mi alrededor era diferente. No había luz, no se sentía aire fresco, todo estaba oscuro. Entonces, una antorcha se encendió en el pasillo, y al lado, estaba Luther. Fruncí mi ceño y

él se acercó a mi celda.

-Pensé que ibas a comportarte mejor, Carolyn.

-¡Púdrete!

-Estaba sepultando a mi amada esposa, y luego supe que su asesina había sido enviada al pozo. Eso fue una noticia muy grata para mí. Me muero por saber cómo piensas escapar -dijo y sonrió siniestramente.

-Voy a matarte, Luther -susurré.

Él acercó su rostro a mi celda -Eso lo veremos -dijo y se alejó- Mientras tanto, pasarás el resto del tiempo dentro de esa celda sin recibir comida. Tu juicio será en dos días. Oh, espera, se me olvida algo -dijo y sacó una carta de su bolsillo- Oh, sí. Al parecer, Christopher te envió esta carta, qué lástima que -rasgó por la mitad la carta- no podrás leerla -dijo y la dejó caer al piso. Apreté mis dientes y lo miré enojada. Luther empezó a caminar, alejándose de la celda -Te veré en la corte, Carolyn. Y espero que disfrutes del espectáculo de la noche -dijo y se alejó.

En la noche, el tal espectáculo era los gritos de auxilio y dolor de los prisioneros que eran torturados. Suplicaban que se detuvieran, gritaban los nombres de sus hijos y esposas. Escuchar a esos pobres hombres era desgarrador. Durante esos dos días, no recibí nada de comer, solo migajas. Los guardias se detenían frente a mi celda, masticando pan mientras yo observaba hambrienta. Hubo veces que me asfixiaba por el calor que hacía en ese lugar, y entonces, recordé las palabras de los prisioneros del área común: es un infierno. Y ellos tenía razón, sí lo era.

CAPÍTULO XVI

Dos días después, dos guardias entraron a la celda. Me sentía muy débil, no había comido nada. El guardia me ordenó que me levantara. Me levanté de la cama, y solo di dos pasos antes de caer al suelo. Los guardias se enfadaron, y me tomaron por los brazos. Me arrastraron fuera de la celda y me amarraron las manos a la espalda -Camina -dijo el otro soldado. Me empujaron y caí al piso otra vez. Halaron mis brazos para levantarme y me empujaron otra vez -Te dije que caminaras -dijo el soldado. Pude mantenerme de pie y caminé junto a los soldados. Los prisioneros se despedían de mí, me silbaban y me deseaban suerte.

Ese era el día de mi juicio, y no estaba muy emocionada por eso. Salimos de la prisión y fui cegada por el sol. Me tiraron dentro del carruaje y cerraron la puerta. Segundos después, el carruaje comenzó a moverse. Se escuchaba la rueda rallar el suelo y el galope del caballo. Me paré y me acerqué a una hendedura rejada que tenía el carruaje, y pude ver a los dos soldados que conducían el carruaje.

-¿A dónde me llevan? -pregunté y ninguno me contestó. Entonces, golpeé la hendedura y uno de ellos me miró- ¿A dónde me llevan? -pregunté en un tono de voz más fuerte.

-No tenemos que decirte nada -dijo el soldado conductor.

-Te lo diremos a mitad de camino, linda -dijo el soldado pasajero.

Exhalé y me senté en el suelo. Me quedé dormida, y desperté cuando una de las ruedas del carruaje cayó dentro de un hoyo. El carruaje continuó moviéndose y me asomé otra vez por la hendedura. Me di cuenta de que ya no estábamos en Nueva York, sino en pleno bosque. Ahí fue cuando entré en pánico -¿Dónde estamos? Esto no es Nueva York ¡¿A dónde diablos me llevan?! -grité.

-Vamos a Boston, a tu ejecución -dijo el soldado pasajero.

-Pero... ¡Pero Luther me dijo que me llevarían a un juicio!

-Al parecer no. Irás directo a la horca -dijo el conductor.

Fruncí mi ceño -¡No voy a morir así! -grité y comencé a patear las paredes del carruaje. Los soldados se disgustaron -¡Oye, ya basta! -uno de ellos gritó. Seguí golpeándome contra las paredes del carruaje en un intento por desequilibrarlo y hacerlo caer. Pero estaba tan débil, que fallé. Estaba muy nerviosa y asustada. Lágrimas bajaron por mis mejillas y lo único que podía hacer, era esperar.

El carruaje se detuvo, y la puerta del carruaje se abrió. Los guardias me bajaron y me obligaron a caminar. Fui escoltada por dos soldados con mosquetes cargados.

Caminé hacia un área, y escuché a la gente gritar. Caminé por un tramo que había y las personas me gritaban y me insultaban. ¡Asesina! ¡No sirves para nada! Insultos que me recordaban a mi padre, y lo único que pude hacer fue bajar mi cabeza. Una mujer me escupió y me llamó basura. Hacía el intento por ignorar los gritos, pero todo empeoró cuando levanté mi mirada y vi la horca, y en ella, la soga que iban a amarrar a mi cuello. Subí a la horca y miré a mi alrededor. En el público, se encontraba Annie, quién cubría su boca y me miraba preocupada. Seguí buscando y Christopher no estaba allí. Subí a la horca y la soga fue colocada alrededor de mi cuello. Subió un oficial, quién vestía elegantemente y se dirigió al público.

-¡Gente de Boston! Estamos hoy aquí para ser testigos de la desaparición de un ser humano horrible. Le arrebató la vida a una mujer hermosa, inocente, y si nos fijamos en la cara de esta asesina, ¡ella no muestra ningún remordimiento! ¡Ella no muestra arrepentimiento! -dijo el hombre y me cubrió la cabeza y la cara

con una bolsa de papel- Por lo tanto, ¡esta asesina va a pagar por su crimen! Que Dios se apiade de su alma -dijo el hombre.

En ese momento, se abrió el suelo debajo de mí y caí hacia abajo. La cuerda me estaba ahorcando mientras luchaba por liberarme. De pronto, me caí al suelo -¡Alguien cortó la soga! ¡No dejen que se escape! -alguien gritó. Podía ver muy poco con mi rostro cubierto, pero vi como el público perdía el control. Alguien tomó mi mano y me haló. No hice ningún intento por soltarme, ya que la persona que había tomado mi mano no tenía intenciones de hacerme daño.

Minutos después, entré a una casa. Mis manos fueron liberadas y pude quitarme la bolsa que cubría mi cara. Y ahí pude ver a la persona que me había salvado: Annie. La abracé -Gracias Annie, gracias -dije.

Ella también me abrazó -Tranquila, vas a estar bien, linda.

Annie me preparó comida, un estofado de almeja con vegetales. Comí desesperadamente y ella se sentó a mi lado.

-¿Cómo cortaste la soga? -le pregunté.

Annie frunció el ceño y me miró confusa -No corté esa soga, Carolyn.

Comí del estofado -Entonces, si no fuiste tú, ¿quién lo hizo?

Annie encogió los hombros -Quién haya sido no quería verte morir. Pero no hablemos de eso. Termina de comer para que te vayas a descansar.

Negué con mi cabeza -No puedo, tengo que regresar a Lexington -dije mientras me limpiaba la boca.

-¿Estás loca? Carolyn, la ciudad entera te está buscando, no puedes salir ahora, te pueden encerrar, o peor, matarte -dijo Annie mientras cruzaba sus brazos.

-Annie, necesito irme, por favor, déjame ir -supliqué.

Annie exhaló -De acuerdo, pero descansa primero, y luego te vas.

Asentí con la cabeza y un rato después me fui a dormir. Descansé por unas horas y luego fui a la cocina, donde Annie se encontraba. En la mesa, había ropa y cabello -¿Qué es esto?

-Ya veo que despertaste -dijo Annie y se acercó a la mesa- Este será tu disfraz, para que salgas de aquí sin que te reconozcan los guardias. Es un vestido y una peluca que me regalaron hace años; nunca la usé porque es horrible.

Reí y cogí la peluca -Pelo de caballo...los hombres de alta sociedad usaban estas cosas.

-No serás de alta sociedad, pero la peluca hará el truco.

Me quité la ropa sucia y ensangrentada y me di un baño. Luego, me vestí con una camisa de manga larga color vino y una falda despintada. Annie recogió mi cabello y me colocó la peluca. Al mirarme en el espejo, era una persona totalmente diferente. Luego de haber terminado de ponerme el disfraz, estaba parada en la puerta de la casa de Annie. Ambas nos abrazamos.

-Gracias por todo, Annie. Te debo la vida.

-Cuenta conmigo siempre, Carolyn -me dijo y me entregó un pedazo de papel- No sé si nos volvamos a ver, pero aquí tienes mi dirección, para que me escribas cuando quieras.

Asentí con la cabeza -Así lo haré. Nos veremos, Annie.

Ella me besó la frente -Dios te bendiga, Carolyn -dijo y me retiré de la casa.

Me dirigí hacia los establos, miraba a mi alrededor, y habían carteles con mi rostro. Las casacas me caminaban por el lado, pero no me reconocían. El disfraz estaba funcionando. Al llegar al establo, me subí a un caballo y cabalgué hacia Lexington, con la esperanza de llegar a salvo.

CAPÍTULO XVII

Llegué a Lexington en la noche. Todo se veía muy tranquilo, excepto la taberna, el lugar estaba a punto de estallar de las personas que había allí. Sonreí y dejé al caballo en el establo que estaba cerca de la finca. El animal no iba a estar solo, ya que había muchos caballos, cuyos dueños posiblemente estaban en la taberna. Me quité la peluca y me sacudí el cabello. Entonces, caminé hacia la casa de Christopher, con la esperanza de que él estuviera allí. Al llegar a la casa, toqué la puerta. Esperé unos segundos, pero nadie abrió; decidí tocar otra vez. Christopher abrió la puerta y se quedó congelado.

Yo exhalé y sonreí -Hola -dije y mis ojos se aguaron.

En ese momento, él me abrazó y nos metimos dentro de la casa -Carolyn... dios mío, Carolyn -dijo y aguantó mi quijada- Te extrañé tanto -susurró entre lágrimas.

Lo abracé otra vez -Y yo a ti, Christopher -lloré.

Luego de estar un rato llorando y abrazándonos, subimos a la habitación de Christopher para tomar el té. Nos sentamos en la cama, con nuestras tazas en la mano. Mientras él tomaba el té, noté su apariencia. Estaba más delgado, tenía golpes en su pecho, brazos y cuello, tenía círculos negros debajo de sus ojos, como si no hubiese dormido bien.

-Me alegra que hayas regresado -dijo.

Asentí con la cabeza -Se siente bien estar de vuelta.

-Entonces...¿qué pasó?

Lo miré confusa -¿Qué quieres decir?

Él frunció el ceño -Quiero saber qué te hicieron esos hijos de puta. Sé que te hicieron daño, estás toda golpeada.

Exhalé -Christopher, no quisiera...

Christopher me interrumpió y me tomó la mano -Carolyn, por favor, dime lo que pasó. Quiero saber si mis pesadillas eran reales.

Le conté a Christopher todo lo que había sucedido en la prisión. Le mostré algunos de los golpes que Luther me había dado cuando llegué a Bridewell. Él se enfureció al verlos, y maldijo a su padre. Le hablé de Robinson, de Jerrold, del pozo. Le conté sobre cómo me sentía cuando leía sus cartas, sobre la ejecución, sobre cómo Annie me había salvado. Ahí le surgió una inquietud a Christopher.

-¿Alguien cortó la soga? -preguntó sorprendido.

Asentí -Sí. Annie no lo hizo, no tengo idea de quién pudo haber sido. Pero, cómo Annie dijo, quien lo haya hecho no quería verme morir.

-Pues, esa persona es mi héroe. Luther me había invitado a verte morir, pero me negué. No...no iba a soportar verte colgando de una soga -dijo y sacudió su cabeza- Pero basta, ya no te preguntaré más. Sé que debes estar muy cansada, lamento haberte preguntado.

Yo lo interrumpí -Christopher, estabas preocupado. Se nota en tu rostro y cuerpo, pero ya estoy de regreso, ya estamos juntos, ya puedes estar tranquilo, y yo también lo puedo estar -dije y coloqué la taza de té en el suelo- Aunque, hay algo que tengo que saber -dije y lo miré- ¿Dónde está Joan?

Christopher exhaló y tomó del té -Mamá se fue a Charlestown. Tuvimos una

discusión muy fuerte luego de lo que pasó. Le dije que se largara, que ya no quería saber de ella. Así lo hizo, a la mañana siguiente ya ella no estaba aquí. Me dejó una nota diciéndome que ella iba regresar cuando yo estuviera más calmado. Aún no ha vuelto.

-Ella va a regresar, Christopher. Tu madre te ama más que a nadie en este mundo. Ella va a volver, ya verás. Y cuando ella regrese, yo me iré. Los soldados me están buscando y...

En ese momento, Christopher me besó. Pero me había besado en los labios. Cerré mis ojos y sentí el sabor a té de sus labios en los míos. Se escuchaba sus gemidos, los latidos de su corazón, él no quería parar. Coloqué mis manos detrás de su nuca y lo continué besando. Segundos después, él se detuvo -No quiero que te vayas. No quiero perderte de nuevo -dijo. Exhalé y le dije que ya había tomado una decisión. Me paré de la cama para irme a dormir a otro cuarto, pero él tomó mi mano y me pidió que durmiera junto a él. Me senté en la cama otra vez, y ambos nos acostamos. Mi espalda estaba pegada a su torso y sus brazos abrazaban mi cadera. Me sentí muy segura a su lado, y escucharlo exhalar me hacía saber que estaba tranquilo, en paz.

CAPÍTULO XVIII

Al otro día salí a la tienda para comprar harina, alcohol, entre otras cosas que se necesitaban en la casa. Christopher se había quedado preparando flechas para usarlas para cazar. Mientras el hombre me atendía en la tienda, una mujer entró

al lugar. Ella se veía muy nerviosa, sus manos le temblaban. El hombre me entregó el cajón de madera con las cosas que le había ordenado.

-¿Se encuentra bien? -el hombre le preguntó a la señora.

Ella negó con su cabeza -Vi...vi a esos hombres, se llevaron al muchacho, se lo llevaron -contestó con su voz temblorosa.

Dejé caer la caja al suelo y salí corriendo de la tienda. Oré mientras corría y llegué a la casa. Llamé a Christopher, pero él no respondía. Pensé que estaría en el establo y corrí hacia allá. Pegaso estaba relinchando con desesperación, y había un sobre acuchillado en la puerta del lugar donde descansaba, lo tomé y lo abrí. Era una carta. La carta era de Luther, quien quería encontrarse conmigo en una casa de almacenaje cerca del río Charles. Me enfurecí y monté a Pegaso. Espoleé al equino para que corriera más rápido.

Llegué a una pequeña estructura que estaba casi rodeada por agua. Amarré a Pegaso y me acerqué a la puerta. Había un silencio sepulcral en el interior. En el centro de la habitación estaba Christopher, atado a una silla. Su rostro estaba cubierto de sangre y rápidamente corrí hacia él.

-¡Christopher! -grité.

-Carolyn -dijo y tosió.

Me acerqué a él y le di un beso en los labios -Te voy a sacar de aquí -dije mientras trataba de soltar sus manos.

Él volvió a toser -Carolyn , tienes que irte, ahora -susurró.

Negué con la cabeza -No sin ti- le dije y miré a mi alrededor. Estábamos rodeados de barriles de pólvora.

-No vale la pena, Carolyn -dijo Luther.

Me di la vuelta y lo vi. Llevaba su uniforme de oficial y estaba armado con una espada y una pistola -Luther -dije y fruncí el ceño.

-Aunque lo intentes, no podrán salvarse a sí mismos. Mis hombres nos han encerrado dentro de este lugar. No hay escapatoria.

-Escapé de Inglaterra, escapé de mi ejecución... puedo escapar este almacén -le dije.

Luther se rió -¿Tú? ¿Tú escapaste? -dijo y empezó a caminar de un lado a otro -No, mi querida Carolyn. Fui yo quien te ayudó a escapar. Yo evité que murieras ahorcada. Yo corté la soga.

-¿Tú? ¿Por qué lo hiciste? -pregunté incrédula.

Él sonrió -Pensé que sería mejor si yo acababa contigo, cortándote en pedazos -dijo y sacó su espada.

Mis manos temblaron -Escucha, lo haremos a tu manera. Pero, por favor, te suplico que no metas a Christopher en esto. Él está herido, déjalo ir -supliqué.

Luther negó con la cabeza -Ya ves cómo se siente, Carolyn. ¿Ya ves cómo se siente tener a la persona que amas herida, cubierta de sangre? Así estaba mi adorada Teresa, y Christopher no saldrá de aquí. No, él se quedará, él mirará. Una vez acabe contigo, él tendrá toda mi atención.

-¡Yo no quería matarla! -grité.

-Por supuesto que no -dijo Luther y me tiró su espada. La recogí y él se acercó a un armero y tomó otra espada -Acabemos con esto, Carolyn -dijo y tomó su posición de combate.

Fruncí el ceño y tomé mi posición de combate -Luther, por favor.

-Carolyn, no hagas esto, te va a matar -susurró Christopher.

Luther me atacó y nuestras espadas chocaron. Le di una patada en la rodilla y Luther cayó en el suelo. Se las arregló para levantarse con rapidez y me dio un puñetazo. Christopher le suplicaba a su padre que dejara de pelear. Luther continuaba atacándome y yo hacía el mejor intento por bloquearlos -¿Por qué no te mueres?! -gritó frustrado. Me sentía cansada y traté de recuperar el aliento.

Luther atacó mi brazo, pero no pude evadir el ataque y me cortó profundamente. Grité de dolor y solté la espada. Escuché a Christopher suplicando que se detuviera. Luther me pateó en el estómago y caí al piso. Él se acercó a mí lentamente -Pobrecita Carolyn. Tan adolorida- se burló.

Trataba de cubrir mi herida con mi mano, pero era una cortadura tan grande, que mi mano solo cubría menos de la mitad. Luther se acercaba cada vez más y más y sacó su pistola de su correa. Me arrastré hacia la espada y justo cuando él iba a dispararme, cogí la espada y lo corté en la espinilla. Luther gritó de dolor y me golpeó con la pistola. Logré pararme y caminé hacia una habitación. Me encerré en el cuarto y me di cuenta de que había barriles de pólvora y me oculté detrás de unos cajones.

-Fue muy tonto entrar ahí, Carolyn. Ahora no podrás escapar de mí -dijo Luther y lo escuché abrir la puerta. Podía escuchar sus pasos -Cuando te conocí, creí que íbamos a ser grandes amigos, Carolyn. Disfruté mucho enseñarte a pelear, disfruté esos momentos que pasé contigo. Eras...eras la hija que aún no tenía, y por eso te salvé la vida. Dime, ¿te traté mal mientras estabas dentro del barco británico, eh? ¿Alguna vez te faltó comida, agua, ropa? ¿Te faltó algo? ¡No! No te faltó nada porque me aseguré de que estuvieras bien, porque me preocupaba por ti- recitó Luther. Sentí un dolor en el pecho, y me di cuenta, de que Luther decía la verdad. Cuando hundieron el barco del capitán Nolan, Luther me cuidó y se aseguró de que no me faltara nada. Me sentí muy mal -Y aún cuando te escapaste del barco, le dije a mis hombres que te dejaran en paz. Incluso, le robaste a la armada y a nuestro país, pero no me importaba. Cuando supe que esos hombres te dejaron a morir en ese bosque frío ¿sabes lo que le hice a uno de ellos? Le disparé en la cabeza. Tú no eras mi enemiga, Carolyn. Pero, te metiste con Teresa, y eso, eso nunca te lo voy a perdonar.

Me asomé por los cajones y vi a Luther de espaldas. Me acerqué lentamente a él, y brinqué sobre él y puse mis brazos alrededor de su cuello. Traté de asfixiarlo, pero él era más fuerte y me tiró al suelo. Se sentó sobre mí, y trató de asfixiarme -Yo te quería, Carolyn. Tú eras como una hija ¿por qué me hiciste esto? -dijo entre lágrimas. Estaba comenzando a perder el conocimiento y vi la daga que colgaba de la correa de Luther -¿Por qué me traicionaste? ¿Por qué mataste a Teresa? -preguntaba lloroso. Logré alcanzar la daga y la tomé -¿Por qué lo hiciste?! -gritó Luther.

En ese momento, le corté el cuello con la daga. Inmediatamente, él me soltó el cuello y traté de recuperar el aliento. Luther colocó su mano en la herida y cayó acostado en el piso. Él estaba desangrándose frente a mis ojos. Salí del cuarto y caminé hacia Christopher, lo solté y nos abrazamos -¿Dónde está? -él preguntó. Tomé su mano y lo llevé al cuarto. Cuando él vio a su padre en el piso, ahogándose con su propia sangre, los ojos de Christopher se llenaron de lágrimas. Los ojos de Luther también estaban llorosos -Christopher...hijo...te amo...perdóname -dijo. En ese momento, Luther sacó su pistola y le disparó a uno de los barriles de pólvora. La explosión nos lanzó a Christopher y a mí hacia la entrada de la habitación -¡Tenemos que salir de aquí! -grité.

Nos levantamos y corrimos hacia la puerta del almacén, pero esta estaba cerrada con llave. El fuego de la habitación se acercaba y los barriles de pólvora podían reventar en cualquier momento. Christopher miró hacia arriba y vio una escotilla. Empezamos a subir las escaleras corriendo, mientras que el almacén se consumía lentamente por el fuego. Los barriles de pólvora estallaron. El fuego nos estaba alcanzando, y de repente, el suelo comenzó a caer. Las escaleras se hacían pedazos. Los tablones caían en el fuego, y Christopher y yo estábamos colgando de ahí. Empecé a subir tan rápido como pude, soportando el dolor de mi brazo herido. Nos las arreglamos para llegar a las escaleras intactas y continuamos corriendo.

De pronto, el pie de Christopher se quedó atorado en un agujero en el suelo. Justo antes de que pudiera alcanzarlo, más barriles de pólvora explotaron y el piso en el que Christopher estaba empezó a caer. Él saltó hacia a mí y se aguantó de mi brazo herido. Christopher estaba colgando de mi brazo. El fuego nos estaba alcanzando. Con mi otro brazo, sostuve su mano.

-Christopher, no la dejes ir -dije.

- ¡Carolyn, me estoy resbalando!

-Espera, voy a subirte. Tranquilo, te voy subir -dije y traté de subirlo. Sin embargo, estaba tan débil y herida, que no podía hacerlo. Cada momento, el fuego se elevaba más y cada vez estaba más cerca de nosotros.

Christopher miró hacia abajo y vio el fuego, y entonces él me miró -Carolyn, escúchame - dijo mientras yo trataba de subirlo. Yo hacía el intento de subirlo-

Carolyn, déjame ir.

-¡No! ¡Nunca! ¡Estamos juntos en esto!

-¡No hay tiempo!

Lloré -¡Voy a salvarte!

Christopher sonrió, y sus ojos estaban llenos de lágrimas -No puedes salvarme. Vete, por favor. Vete -rogó y soltó mi brazo.

Su mano se resbalaba y yo trataba desesperadamente de aguantarlo - ¡Christopher por favor!

-Lo siento -dijo y se resbaló de mis manos.

Comencé a gritar su nombre mientras lo veía caer entre las llamas. El fuego estaba muy cerca, y seguí corriendo. Llegué a la escotilla, pero estaba cerrada con llave. Miré a mi lado, y había una ventana de cristal. Sin pensarlo, corrí a la misma y me estrellé contra ella. En ese momento, el almacén explotó y caí en el agua. El golpe fue muy fuerte, y pude nadar hasta la superficie. Agité mis brazos y pude llegar hasta la orilla. Lloré y grité desconsolada mientras miraba el almacén consumido por el fuego.

Regresé a la casa y fui al cuarto de Christopher y busqué en sus gavetas. Ahí, estaba su arco, sus flechas, el cuchillo que usaba para cazar, y había un libro. Lo tomé y comencé a leerlo. Al leer unas cuantas palabras, colapsé en llanto. Cerré el libro y lo abracé. Tomé el libro y lo coloqué dentro de un bolso. Lo coloqué en mi hombro y bajé las escaleras. En ese momento me encontré a Joan. Se sorprendió al verme ensangrentada.

-¿Dónde está Christopher? -preguntó. Me quedé congelada y las lágrimas bajaron por mis mejillas. A Joan se le aguaron los ojos -¡¿Dónde está?! -gritó ella.

-Está muerto. Christopher está muerto -sollocé.

Joan cayó de rodillas en el suelo y colocó su mano en su pecho -¡Mi hijo! -

lloró. Entonces me miró -¡Tú lo mataste! ¡Todo esto es tu culpa! ¡Lárgate!
¡¡Lárgate!!

Empecé a llorar y salí corriendo de la casa. Monté a Pegaso y cabalgué. Aún podía escuchar los gritos de Joan. Pegaso y yo nos dirigimos hacia Boston. Llegué a la casa de Annie, y al abrir la puerta, la mujer me abrazó. La abracé también y rompí en llanto. Me permitió quedarme en su casa, curó mis heridas y preparó una habitación para mí. En la noche, decidí mirar la libreta de Christopher. Su última entrada fue el mismo día que yo había regresado.

“Estoy muy feliz de tener a Carolyn junto a mí. La extrañé mucho. Es una gran mujer. Amable y comprensiva, y también muy valiente y luchadora. Estoy muy arrepentido de haberla tratado como lo hice cuando la conocí, ella no lo merecía. Daría lo que fuera por tratar de revivir esos días y haberlos pasado con ella. Ya hablé con el herrero, y él preparará el anillo que le daré a Carolyn cuando le pida matrimonio. Posiblemente mamá no estará de acuerdo, pero Carolyn y yo nos vamos a casar, tendremos una hermosa familia, y estaremos juntos siempre. Así será, así será siempre. La amo demasiado, quiero que sea feliz.”

Al terminar de leer, me cubrí el rostro y sollocé. Annie se acercó a mí y se sentó a mi lado. Yo la abracé y lloré. Trataré de ser feliz, Christopher. Te lo prometo.

SOBRE LA AUTORA

Jesibel C. Vega Acevedo nació en Arecibo, Puerto Rico el 29 de julio de 1993. Desde pequeña, le apasiona escribir cuentos. En junio de este año, obtendrá su bachillerato en Sistemas de Oficina de la Universidad de Puerto Rico en Arecibo. Aspira a continuar estudios graduados en las áreas de escritura creativa y literatura.

Este es su primer libro.